

LA ULTIMA MODA

Todo por la mujer y para la mujer.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Oficinas: Velázquez 56 Hotel

Por suscripción directa.	Por comisionado.	En Portugal.	Unión postal (Europa.)
Tres meses. 3 ptas.	3,50 ptas.	900 reis.	5 francos.
Seis meses. 6 ptas.	7 ptas.	1.600 reis.	10 francos.
Un año. 12 ptas.	14 ptas.	3.000 reis.	20 francos.

Número corriente: 25 céntimos. Atrás: 50 idem. — En América fijan el precio los Señores Agentes.

AÑO X — NÚM. 479

Madrid 7 de Marzo de 1897



LA PUNTUALIDAD
Gen. de SUSCRIPCIONES
Y DE DEDICACIONES
D. MARTIN CLARAMUNDO
23, PALMA, 23
MADRID

Núm. 1.—Traje para niña de 3 á 4 años. —Núm. 2.—Traje de recibir para señora | joven

M

Sumario.

TEXTO.—Crónica, por Blanca Valmont.—Carnet de la Moda, por Clementina.—Nuestros grabados.—Bailes de salón.—Un libro para las señoras, por J. de Madrid.—A la luz de la lámpara, por El Abate.—Vida práctica: El noviazgo, por Mario Lara.—Preguntas y respuestas, por La Secretaria.—Recetas de la mujer casera.—Memento.—Anuncios.

SUPLEMENTO ARTISTICO LITERARIO.—El bosque de mirtos, por Anatolio France.—La Moda en 1896, por Clementina.—Por qué soy muy niña, monólogo, por Pablo Baur.—Botánica de salón, por Daniel García.

GRABADOS.—FIGURINES.—Traje para niña de 3 á 4 años.—Traje de recibir para señora joven.—Trajes novedad (dos modelos).—Trajes de ciclistas (dos modelos).—Traje de amazona.—Chaquetas (dos modelos).—Traje para paseo.—Trajes y sombreros de entretiempo para señoritas y niños (catorce modelos).—Trajes y abrigos para niñas y niños (nueve modelos).—LABORES: DIBUJOS PARA BORDAR.—Enlaces E-Z, H-K, B-C, E-Z, D-E, P-R-M, y G-N, para sábanas.—Abecedario, Luisa y enlace L-F, para pañuelos.—Enlace G-L para toallas.

HOJA DE PATRONES.—Cuerpo para traje de recibir.—Sobretodo de Primavera para niña.—Matinée novedad.—Manga elegante.

Crónica.

Carnaval ha comenzado con verdadera animación su efímero reinado, y por las noticias que se reciben del litoral, promete ser brillantísimo en Niza. Cuando escribo estas líneas, la procesión del *Bucy Gordo* recorre magestuosamente en París el itinerario del primer día de los tres que se han destinado á esta fiesta popular; y por distinto camino se abre paso la vistosa cabalgata con que la industria y el comercio se proponen eclipsar la otra fiesta. No hay que pensar durante los tres días más que en la cabalgata y en la procesión: es un acceso de locura, que nacerá después de haber pagado generoso tributo al trabajo, y de proporcionar expansión y alegría á la numerosa población parisiense que vive todo el año entregada á una asidua labor, sin más distracción que las que en la estación florida ofrece el campo los domingos á las clases obreras y á los que en las oficinas del Estado ó en los grandes bazares, consumen su salud y su existencia.

Los festejos populares del Carnaval ponen término á la serie de bailes con que el Ayuntamiento obsequia á las altas clases sociales, confundiéndolas en sus espléndidos salones con las familias de los industriales, comerciantes y funcionarios de la Administración. Al último baile han acudido unas 15.000 personas. No era posible dar un paso, y como es natural, la deseada diversión, resultó para muchos un verdadero aburrimiento.

Los concejales se ven acosados de peticiones de billetes. Sus amigos con súpticas y sus electores con exigencias y hasta con amenazas, los asedian; y como no pueden cumplir con todos, se crean enemistades y pasan malos ratos. Como al mismo tiempo los bailes en el *Hotel de Ville* cuestan un dineral, el Municipio parisiense ha resuelto suprimir en lo sucesivo estas fiestas sociales, convirtiéndolas en festejos populares al aire libre, para que todas las clases puedan disfrutar de los regocijos sin ocasionarles molestias y disgustos.

También ha habido mucha animación en los bailes de la Gran Opera: en cambio la mayor parte de los palacios de la antigua nobleza y los hoteles de la moderna aristocracia del dinero han permanecido cerrados, porque la alta sociedad prefiere pasar los meses más crudos del Invierno en Monte Carlo, Niza, Mónaco, Cannes, San Rafael y demás poblaciones del litoral, prolongando su estancia en estos deliciosos edenes hasta que termina el Carnaval.

En Monte Carlo se ha celebrado una batalla de flores, de la que cuentan maravillas los revisteros; y el Carnaval de Niza que goza en la actualidad de la fama que en otros tiempos alcanzaron los de Venecia y Roma, es todos los años el gran

atractivo de los que pueden dedicar el tiempo á recrear su ánimo con la mayor suma de diversiones.

Como otros años he descrito los pormenores del Carnaval de Niza, creo inútil insistir; porque con ligeras variantes, la fiesta es siempre la misma.

A la expansión, la alegría y la locura, los tres grados de las fiestas carnalescas, sucederá el silencioso período de la meditación, que emplearemos en el estudio de los importantes problemas á que con tanto gusto consagro mis tareas.

Entre tanto, dedicaré esta crónica á distraer el ánimo de las lectoras con algunas noticias más ó menos pintorescas y curiosas.

No ignoran, porque todos los periódicos publican estos días numerosos telegramas sobre el particular, que Grecia y Turquía están empeñadas en una guerra que no sin razón preocupa á las potencias europeas. Era de presumir que tanto el Rey de los helenos como el Sultán, no se ocuparan en estos momentos más que de resolver el conflicto. Pero el soberano

Manta para Verano, de piqué blanco, con cuello vuelto y bolsillo para el pañuelo; manta para viaje, de lanilla escocesa, con bolsillo para el billete del ferrocarril; traje de gala, de raso negro, con cuello alto bajo una gola formada por tres volantes de encaje, separados por rizados de cinta de raso negro forrada de seda rosa; traje para baño, de batista azul, con cuello marinero festoneado de blanco y adornado con áncoras bordadas; y cubre-pollo con capuchón de seda tornasolada.

Después de leer esta noticia, que casi todos los periódicos han reproducido, no puede extrañar á nadie que llegue, y no muy tarde, el día en que las principales potencias de Europa se reparten la Turquía, quedando al sultán para consolarle de su perdido poderío, la satisfacción de admirar la elegancia de su perrita *Lola* y las caricias y ladridos de su numerosa jauría.

La cuestión del sombrero femenino en los teatros, que como saben las lectoras se agita de vez en cuando sucediendo al final lo que debe suceder: es decir, respetándose los legítimos derechos del bello sexo, ha tomado en Marsella tan serias proporciones, que, aunque parezca mentira, ha producido verdaderos escándalos, convirtiéndose en cuestión de orden público.

Las lectoras recuerdan lo que ha pasado en algunas ciudades de los Estados Unidos. Las quejas de los caballeros fueron recogidas por un diputado que sometió á la aprobación del Congreso nada menos que un proyecto de ley pidiendo que no se permitiese á las damas entrar en los teatros con sombrero. Hubo discusión, se tomó á broma la cosa, y al fin y al cabo, con buen acuerdo, se resolvió que las señoras fuesen vestidas y adornadas como más las agradara, esperando que de ellas partiría la mejor resolución para complacer á los quejumbrosos caballeros.

Pero en Marsella se han olvidado los galanes de los más rudimentarios preceptos, no ya de la galantería sino de la buena educación, produciéndose agresiones y escándalos.

Hay quien supone que la autoridad deseosa de complacer á los que han declarado la guerra al sombrero femenino, ha procurado, bajo cuerda, promover el tumulto para justificar las violentas medidas que ha adoptado.

Sea ó no sea verdad, lo cierto es que á consecuencia de los lamentables sucesos ocurridos en el teatro de Variedades, el alcalde de la importante ciudad francesa, después de dirigir una respetuosa invitación á las señoras para que asistieran sin sombrero á los teatros, ha mandado en debida forma, haciendo que preceda á su mandato la siguiente nota:

«El alcalde de Marsella tiene el honor de dar las más expresivas gracias á las señoras que han asistido á los espectáculos teatrales sin nada en la cabeza, en virtud de la respetuosa súplica que les había sido dirigida. Pero ante la resistencia opuesta por un corto número de damas, ocasionando lamentables desórdenes, se ve en la sensible precisión de invocar su autoridad.»

El texto de la disposición municipal, aprobado urgentemente por la prefectura, dice así:

«Nos, Alcalde de Marsella, vista la Ley de 5 de Abril de 1884; visto el artículo 471 del Código penal: Considerando las numerosas quejas que diariamente llegan hasta nosotros formuladas por los espectadores que acuden á los teatros de esta población; Considerando que se han ocasionado recientemente vivos altercados y hechos tumultuosos en algunos de dichos establecimientos, originados según los espectadores por las molestias que causan los sombreros de las señoras; Atendiendo á que este fundamento no puede ser rebatido; Atendiendo á que la autoridad municipal necesita asegurar el orden público: Resolvemos:

«Art. 1.º—Las señoras que asistan á las representaciones teatrales, deberán hacerlo sin nada en la cabeza. Artículo 2.º—El señor

Comisario de Policía, queda encargado de la ejecución de la presente orden.—Dado en Marsella en la casa municipal á 17 de Febrero de 1897.—Dr. Flaissieres.»

Las señoras han apelado contra esta orden tiránica, y es de presumir que en las altas esferas del Gobierno las traten con más consideración; porque no hay derecho en nuestros tiempos á legislar sobre el traje y el adorno que cada cual adopta, siempre que no estén en pugna con lo que la moral, la decencia y la conveniencia exigen é imponen.

Por de pronto, las señoras de Marsella han resuelto no asistir á los teatros. En París se teme que surjan complicaciones por idéntico motivo.

La Moda es quien únicamente puede resolver el problema y poner término al conflicto, ideando un tocado que, sin obligar á las damas á prescindir de adornar su cabeza, permita á los caballeros ver á sus anchas el escenario.

En otras ocasiones así se ha resuelto la dificultad, y es de esperar que ahora como siempre, consiga más la galantería que la fuerza autoritaria.

Blanca Valmont.



Núms. 3 y 4.—Traje para paseo. (Delantero y espalda).

turco piensa sin duda que Alah es grande, y que Inglaterra, Rusia, Alemania y Francia, se ocuparán de sus asuntos políticos, mientras él se dedica como de ordinario á sus distracciones particulares, entre las que figura en primer término el cariño que le inspiran sus perros.

Una casa de París, que es especialidad en lo que podríamos llamar *toilettes* de la raza canina, ha recibido hace poco, cuando más difícil de resolver parecía el problema que entraña la guerra empeñada entre griegos y turcos, el pedido de varios trajes y adornos para los perritos del sultán.

Cuentan que el soberano turco posee una colección de perros de todas las castas y variedades conocidas, y que son tratados en su palacio como si fueran individuos de la augusta familia. Pero entre todos figura una perra inglesa, á la que llama *Lola*, cuyo retrato se halla expuesto al público en las salas de los principales periódicos diarios.

Pues bien; para la perra favorita del sultán ha confeccionado la casa á que aludo, y ya los ha enviado á Constantinopla, los trajes (llamémoslos así) que á continuación indico:

Carnet de la Moda.

En las páginas centrales del presente número damos á conocer los primeros modelos de trajes de entretiempo, precursores de los de Primavera, que ya no han de tardar en aparecer. Los modelos á que me refiero son bonitos y distinguidos, y en sus hechuras como en las combinaciones del colorido de los tejidos empleados en su confección, ofrecen novedades que merecen nuestras simpatías.

Una de las novedades á que aludo, consiste en emplear para un mismo traje tres ó cuatro tejidos diferentes, de otros tantos tonos de un sólo color. También constituyen alta novedad, las combinaciones de la completa escala de los tonos verdes, con la escala de los tonos violeta, y del color azul con los tonos cobrizos y rosados.

El traje reproducido por el grabado número 5, está confeccionado con arreglo á la combinación últimamente citada. La falda, de faya francesa color azul zafiro, luce en el bajo dos cenefas de terciopelo color cobre, y el cuerpo, corto y de igual tejido que la falda, se ajusta por medio de un caprichoso corselete de terciopelo. Los delanteros desaparecen casi por completo bajo una camiseta de crepón de seda rosa pálido, plegada en tres pliegues huecos, festoneada y bordada con seda azul, y montada en un canesú de pasamanería azul, realzado por dos escarapelas de terciopelo color cobre. Mangas ajustadas, de faya, adornadas con triples brazaletes de terciopelo. Los graciosos bullones que forman las hombreras están listados por cintas de terciopelo. El sombrero que hace juego con el traje que acabo de describir, es de fieltro azul glaseado. La copa está listada por tres cintas de terciopelo color cobre, dispuestas planas sobre el fondo. Un doble lazo de lo mismo y un grupo de plumas cobrizas, de cuyo centro se escapa un *esprit* rosado, completan su adorno.

Como mis amables lectoras pueden juzgar por este y por los modelos antes citados, los cuerpos cortos y las chaquetitas semi-largas con aldetas, lisas e igualmente de moda. En las faldas no se advierte por ahora, otras novedades, que alguna que otra variación en el corte de los delanteros, y tendencia á recargar su adorno por medio de cenefas, quillas, aplicaciones, volantes interrumpidos, bordados perlados, etc. Los trajes forma Princesa se adoptan con preferencia para casa.

Un bonito modelo de estos últimos que ha figurado en un *trousseau* confeccionado en París (véase el grabado número 6), es de bengalina de seda color salmón. La espalda modela el talle y forma en la parte de falda profundos pliegues acanalados que se prolongan en media cola. Los delanteros, también ajustados, se abren sobre un puntiagudo plastrón de la misma tela, escotado ligeramente en forma cuadrada, y guarnecido con una estrecha cenefa de terciopelo del color de la bengalina en tono más oscuro, que sirve de marco al escote. El adorno de este elegante traje se reduce á un gracioso cuello vuelto de crepón de seda verde agua, terminando en dos largas caídas-fichú, prendidas en la cintura con un lazo del mismo crepón. Las mangas son abullonadas, bastante más amplias de lo que estaría bien admitido en un traje de paseo ó visita, y se adornan con carteritas forradas de crepón.

La proximidad de la Primavera hace pensar á muchas señoras y señoritas en dos *sports*, momentáneamente abandonados durante el invierno: el ciclismo y la equitación. En los trajes adoptados para la bicicleta no se ha introducido ninguna innovación radical. Las faldas semi-largas colocadas sobre pantalones bombachos ó ajustados, y los cuerpos-blusas de mil caprichosas formas, continúan disfrutando del favor de las ciclistas elegantes. Un modelo sumamente práctico es el representado por el grabado número 7. Se compone de un pantalón ajustado y una falda semi-larga de paño beige tostado, y un cuerpo-blusa de terciopelo listado de tonos grana y azul. La falda se guarnece con repetidas filas de pespuntos. El cuerpo tiene por todo adorno un ancho cinturón de elástico de seda azul, sembrado de diminutos motivos bordados con setos.

da grana. El tocado consiste en un casquete de paño beige, con cenefa de terciopelo azul. No menos práctico, y mucho más inédito que el modelo descrito, es el que representa el grabado núm. 11. El pantalón, bombacho, y la falda, fruncida, son de lana esponjosa gris pizarra. Cuerpo corto de análogo tejido, cerrado por cuatro botones de nácar, caprichosamente cortado en el delantero, para dejar al descubierto una camiseta de *surah* gris plata. Mangas huecas. Sombrero de fieltro blando gris, con cinta de terciopelo negro.

Para amazona, citaré como tipo, el distinguido modelo reproducido por el grabado núm. 10. Este traje tiene la falda redonda, ligeramente drapeada en las caderas, confeccionada de igual modo que la chaqueta, con paño glaseado de un color oscuro. La chaqueta está provista de puntiagudas solapas y cerrada por medio de doble fila de botones de esmalte, sobre un chalequito de seda brochada de un pálido matiz, con solapas redondas que sirven de marco á una camiseta plegada, de batista blanca, cuyo escote se cierra con una corbata de lo mismo. Mangas ajustadas con puños vueltos, de batista. El sombrero que completa este traje se distingue por su novedad. La copa, semi-alta, está rodeada por cuatro cordones de pasamanería de seda anudados sobre el costado izquierdo formando una bonita escarapela. El ala es plana y redonda. Se me olvidaba decir, que la primera es de fieltro glaseado del color del traje, y la segunda de felpilla trenzada, del mismo color que el fieltro en tono más apagado.

Como abrigos de entretiempo, se usarán muchas chaquetitas de paño fino glaseado ó diagonal de medios colores, forradas de seda, y adornadas con trencillas labradas y botones perlados, dispuestos en la caprichosa forma indicada en los modelos reproducidos por los grabados núms. 8 y 9. Estas chaquetas alternarán con alguna que otra esclavina de crepón rizado, seda otomana y pasamanería de azabache.

En los trajes de *soirée* y comila de ceremonia se ha introducido una novedad, que consiste en hacer los cuerpos altos con mangas largas, confeccionados con muselina de seda negra ó de color. En la parte superior del busto y las mangas, los cuerpos á que aludo, carecen de forro, sirviendo de visó á la muselina los propios brazos y garganta. Algunas señoras de compleción delicada, completan los cuerpos de que hablo con forros de seda color carne perfectamente ajustados, y obtienen el mismo efecto sin riesgo para la salud.

tan los cuerpos de que hablo con forros de seda color carne perfectamente ajustados, y obtienen el mismo efecto sin riesgo para la salud.



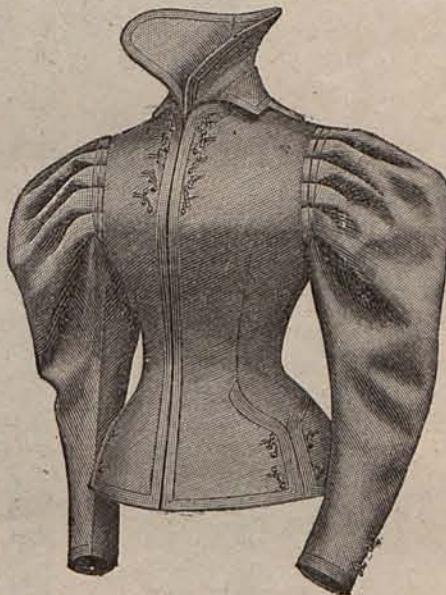
NÚMERO 5.



NÚMERO 7.



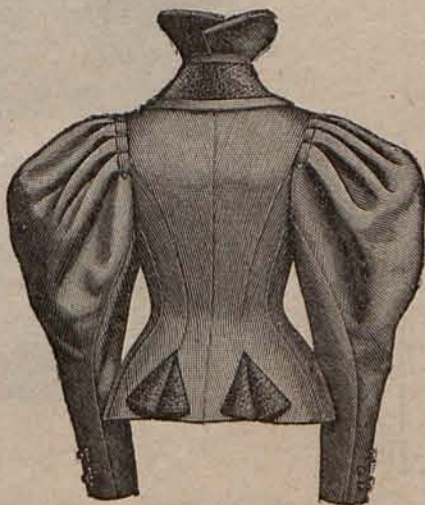
NÚMERO 10.



NÚMERO 8.



NÚMERO 6.



NÚMERO 9.



NÚMERO 11.

osuro, que sirve de marco al escote. El adorno de este elegante traje se reduce á un gracioso cuello vuelto de crepón de seda verde agua, termi-

Clementina.



12



14



15



17



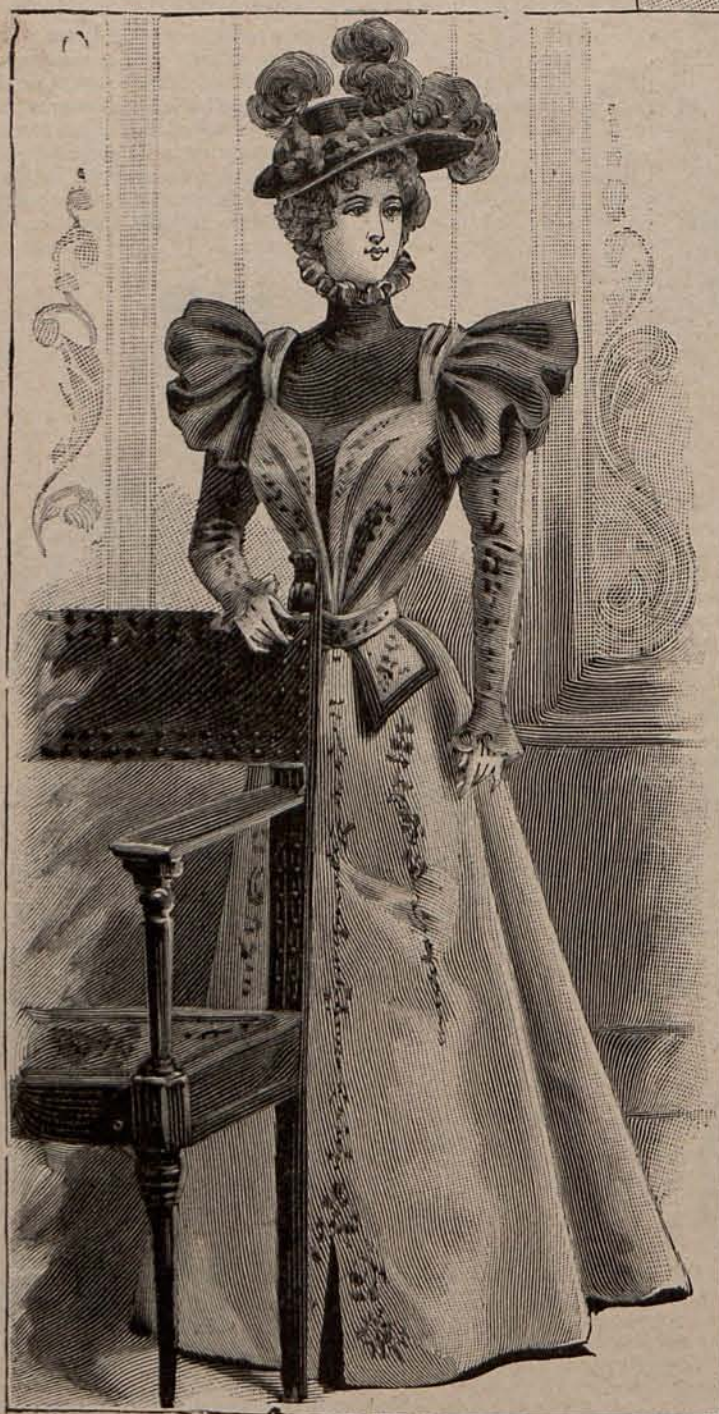
19



21



24



13



16



18



20



22



25



23

Núms. 12 á 23.—Panorama de trajes y sombreros de entretiempo para señoritas y niñas.

Nuestros grabados.

1 y 2.—Traje para niña de 3 á 4 años y traje de recibir para señora joven.

El modelo núm. 1, es de muselina de lana rosa muy pálido. Espalda y delanteros están menudamente rizados y no tienen más corte que la forma del escote y las sisas. El primero luce en calidad de adorno una berta almenada, guarnecida á su vez con volantes de muselina de seda rosa y terciopelitos negros cosidos á modo de cenefas. Una ancha cinta de terciopelo negra prendida por medio de hebillitas de plata, oculta la cabeza de la berta. Mangas lisas. Precio del patrón del traje: 2 pesetas.—El modelo núm. 2, se compone de una amplia falda de terciopelo verde hoja seca y un cuerpo-blusa de seda del mismo color, fruncido en el escote y la cintura, y entallado con auxilio de un triple cinturón de terciopelo. Su gracioso adorno consiste en un cuello plastrón de tul bordado con viso de seda heliotropo, escotado en forma puntiaguda sobre una camiseta de análogo tejido al del viso antes citado. Mangas fruncidas. Tela necesaria para el traje, 11 metros de terciopelo y 5 de seda. Precio del patrón: 3 pesetas.

3 y 4.—Traje para paseo. (Delantero y espalda.)

De lana glaseada azul gris. Falda acanalada, con amplio delantero que marca su centro con una ancha pala hueca guarnecida con botones de esmalte. Cuerpo fruncido, semi-oculto por un ancho cuello esclavina de astrakán de seda negro. Mangas huecas, con puños de astrakán. Manguito de astrakán, guarnecido con volantes fruncidos de muselina de seda. Sombrero de fieltro gris, adornado con un alto grupo de plumas azules. Tela necesaria para el traje, 10 metros de lana. Precio del patrón: 3 pesetas.

12 á 25.—Trajes y sombreros de entretiempo para señoritas y niñas.

Núm. 12.—Traje para señorita.—De lana asargada verde hoja de violeta. La falda luce en el bajo 9 filas de *soutache* de seda violeta, agrupadas para formar dos anchas cenefas. Dos filas de botoncitos de pasamanería de seda del color de la *soutache* cierran la falda en la parte superior del delantero. Cuerpo corto, cerrado también por botoncitos de pasamanería. Los delanteros forman dos anchas palas huecas sostenidas por filas de *soutache*. Mangas ajustadas, abiertas en la hombrera para dejar escapar graciosos bullones de la misma tela. Sombrero de terciopelo verde. La copa desaparece por completo bajo un escarolado de seda violeta cerrado en el lado izquierdo por un grupo de plumas matizadas. Tela necesaria para el traje, 9 metros de lana. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 13.—Traje para señorita.—De lana glaseada, color granada. La falda luce en el delantero ligeros bordados de seda negra. Cuerpo fruncido, acentuadamente escotado sobre un doble plastrón de terciopelo negro. Mangas lisas, con hombreras haciendo juego con el plastrón. Los delanteros y las mangas se adornan con ligeros bordados que recuerdan los de la falda. Sombrero de terciopelo negro, adornado con tres plumas amazona color granada. Tela necesaria para el traje, 9 metros de lana y 2 de terciopelo. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 14.—Sombrero para niña.—De terciopelo azul Rey. El ala es recta y muy estrecha y la copa se forma con un amplio bullón y un lazo, prendido el último por una hebilla perlada de gran tamaño.

Núm. 15.—Traje para señorita.—Amplia falda de lana azul porcelana, sembrada de motitas brochadas de seda azul zafiro. Cuerpo-blusa de muselina de seda de éste último color, fruncida sobre un forro entallado de tafetán de seda del mismo color. Este cuerpo se completa con una chaquetita de terciopelo azul porcelana, con espalda entallada y delanteros sueltos cortados en forma puntiaguda. Mangas haciendo juego con el cuerpo-blusa, adornadas con hombreras huecas de terciopelo. Tela necesaria para el traje, 7 metros de lana brochada, 5 de muselina de seda y 4 de terciopelo. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 16.—Sombrero para niña.—De terciopelo mordorado, con el ala recta y la copa abullonada. El adorno de ésta última se reduce á una hebilla de plata antigua y un grupo de plumas blancas.

Núm. 17.—Traje para señorita.—De lana azul Prusia. Falda lisa, chaquetita semi-entallada y chaleco escotado, con delanteros cruzados. La chaquetita se adorna con un cuello vuelto, prolongándose



Núms. 26, 27 y 28.—Trajes para niñas de 1 á 12 años.

en solapas de terciopelo azul muy oscuro, y luce en contornos y costuras trencillitas labradas de seda azul Prusia. El chaleco deja al descubierto una pequeña camiseta de *surah* azul pálido. Mangas semi-huecas, con carteras Luis XV, de terciopelo. Toca de terciopelo azul oscuro, adornada con un pájaro fantasía. Tela necesaria para el traje, 9 metros de lana y 1 de terciopelo. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 18.—Traje para señorita.—Amplia falda y cuerpo corto, de lana color reseda. El fondo de una y otro aparecen sembrados de estrellitas de relieve bordadas con seda heliotropo. Mangas semi-huecas. Cinturón drapeado cerrado por una hebilla perlada. Sombrero de terciopelo heliotropo, con alta copa escarolada de seda verde reseda, adornada con un grupo de plumas matizadas. Tela necesaria para el traje, 9 metros de lana. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 19.—Traje para señorita.—De lana labrada beige oscuro. Falda acanalada con delantero guarnecido en el bajo con cuatro sardinetas de pasamanería verde esmeralda. Chaquetita entallada, con ancho cuello vuelto. Las pinzas de los delanteros están cortadas y se adornan con diminutas sardinetas haciendo juego con las de la falda, adorno que se repite en el cuello y en los puños de las mangas. Camiseta de seda color salmón, fruncida en el escote y la cintura. Gola y vuelillos de muselina de seda crema. Sombrero de terciopelo verde esmeralda, adornado con jacintos rosados y pajizos. Tela necesaria para el traje, 9 metros de lana y 1 de seda. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 20.—Traje para señorita.—Está confeccionado con lana glaseada gris níquel. Falda lisa. El delantero se cubre en parte con una aplicación puntiaguda de la misma tela, rodeada de una cenefita de terciopelo color pensamiento y sembrada de motivos bordados con seda del citado color. La indicada aplicación parte de un estrecho cinturón de seda gris, que entalla el cuerpo. Este, es corto y ofrece la misma combinación de adornos y colores que el delantero de la falda. Mangas de terciopelo, con dobles hombreras bordadas. Toca de terciopelo color pensamiento, adornada con grupos de plumas grises. Tela necesaria para el traje, 8 metros de lana y 2 de terciopelo. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 21.—Sombrero para niña.—De terciopelo azul marino. El ala es plana y carece de todo adorno. La copa, alta, está rayada por dos cintas de raso azul pálido, adorno que se completa con dos escarapelas y un lazo de seda azul pálido y un grupo de plumas azules en tono muy oscuro.



Núms. 32 y 33.—Trajes para niño de 5 á 7 años.

Núm. 22.—Traje para señorita.—De lana color grosella. La parte superior de la falda y la parte inferior del cuerpo, lucen en calidad de adorno cenefitas onduladas trazadas con cintas de terciopelo Corinto de anchos graduados. El adorno del cuerpo se completa con un cuello-esclavina de terciopelo bordado de ligeras aplicaciones de pasamanería de acero. Mangas huecas, con puños de terciopelo. Sombrero de terciopelo Corinto, adornado con un airoso grupo de plumas del color del traje. Tela necesaria para éste, 8 metros de lana y 2 de terciopelo. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 23.—Sombrero para niña.—De terciopelo negro, con ala fruncida y copa abullonada. Su gracioso adorno consiste en tres plumas amazona de otros tantos tonos rosa.

Núm. 24.—Traje para señorita.—De piqué de seda color cobre. La falda luce en el bajo una ancha cenefa terminando en un motivo espiral formada por ligeros arabescos de aplicación de terciopelo marrón. Cuerpo-blusa, adornado con un

bonito cuello en el que se reproduce el adorno de la falda. Las mangas y el cinturón son de terciopelo. Sombrero de terciopelo marrón adornado con grupos de rosas. Tela necesaria para el traje, 14 metros de piqué de seda y 3 de terciopelo. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 25.—Traje para señorita.—De lana inglesa color madera de rosa. Dos terciopelitos negros cosidos planos sobre el bajo, constituyen el sencillo adorno de la falda. Cuerpo-blusa, cerrado por grandes sardinetas de terciopelo que rayan un estrecho plastrón de faya hoja de rosa. Mangas semi-huecas. Sombrero de terciopelo del color del traje, adornado con un grupo de rosadas florecitas. Tela necesaria para el traje, 8 metros de lana inglesa y 1 de faya. Precio del patrón: 3 pesetas.

26, 27 y 28.—Trajes para niños de 1 á 12 meses.

El modelo núm. 26, es de franela blanca, fruncido y montado en torno de un canesú cuadrado rodeado de una ancha berta fruncida. Mangas huecas. Precio del patrón: 2 pesetas.—El modelo núm. 27, de bengalina de seda azul pálido, se compone de una espalda y un delantero, ambos de una sola pieza, unidos á un canesú cuadrado. Este, las bocamangas y el bajo del trapecio, lucen repetidas filas de trencillita de seda blanca. Precio del patrón: 2 pesetas.—El modelo núm. 28, está confeccionado con cachemir de seda color hueso. El canesú, que completa el traje, es redondo y luce en los cortornos una doble berta de muselina rizada. Manguitas huecas. Precio del patrón: 2 ptas.

29.—Sobretudo para niño de 8 á 10 años.

De lana marrón, con espalda y delanteros rectos, cerrados los últimos por doble fila de botones de nácar. Esclavina semi-larga, montada en un canesú cuadrado por trencillitas de seda color marfil, cruzadas sobre el fondo. Mangas huecas. Precio del patrón: 2 pesetas.

30.—Traje para niña de 7 á 9 años.

De bengalina azul. Faldita plegada y cuerpo-blusa, adornado con un canesú y un ancho cuello vuelto de piel de seda color marfil. Mangas huecas. Precio del patrón: 2 pesetas.

31.—Traje para niña de 9 á 11 años.

De lana listada de tonos beige y granate. Faldita acanalada y cuerpo corto, escotado caprichosamente sobre un doble plastrón de seda color pergamino. Cinturón haciendo juego con el plastrón. Mangas fruncidas. Precio del patrón: 2 pesetas.



Núm. 30.—Traje para niña de 7 á 9 años.

32 y 33.—Trajes para niños de 5 á 7 años.

El modelo número 32, es de lana gris ceniza, compuesto de pantalón bombacho y blusa plegada á palas, adornada con solapas, puños y cinturón de terciopelo azul oscuro. Precio del patrón: 2 pesetas.—El modelo núm. 33, es de terciopelo ruso

color nítida. Pantalón corto. Blusa larga, entallada por ancho cinturón de cuero blanco y cerrada con grandes botones de filigrana de plata. Cuello y puños de encaje Renacimiento. Precio del patrón: 2 pesetas.

34.—Traje para niña de 8 á 10 años.

De lana moteada de tonos rosa y blanco. Falda fruncida adornada con un ancho entredós de encaje blanco. Cuerpo corto en el que se repite el adorno de la falda, semi-oculto por un ancho cinturón plegado, de seda rosa. Mangas huecas, con hombreras de encaje. Precio del patrón: 2 pesetas.

Bailes de salón.

Un inteligente editor de Barcelona, el Sr. González Font, ha publicado una versión española de las *Reglas para los bailes de salón* de Lagos, profesor y director de los

bailes en los Casinos de Pau y Biarritz, tan conocido y estimado en Francia. El librito, que por cierto está presentado con mucho gusto, contiene numerosas láminas que sirven de complemento á las explicaciones teóricas.

Para dar una idea exacta de él, copiamos la lista de los capítulos que contiene:

Prefacio.—Indicaciones útiles.—Los bailes de vueltas.—Polka.—Polka-Mazurka.—El Vals á tres tiempos.—El Vals á dos tiempos.—Galop.—El Vals Boston.—El Schottisch francés.—El Schottisch americano.—Redowa.—El York.—El Ostendés.—Minué.—Pavana.—La Berlina.—



Núm. 34.—Traje para niña de 8 á 10 años.

Las Cuadrillas. — Los Lanceros. — Polo. — Cuadrilla francesa. — Nueva Cuadrilla americana. — Cuadrilla parisiense. — La Varsovia. — El Huracán. — El Pas de Quatre. — El cotillón. — De la etiqueta y de la urbanidad. — Conclusión.

Las Reglas de los bailes de salón, librito preciosamente encuadrado, cuesta 1 peseta 50 céntimos, y nuestra Administración puede proporcionarlo por dicho precio en Madrid, y por 1,75 en provincias franco de porte y certificado.

Un libro para las señoras.

Con el título de *El Vapor y su Siglo* y en forma de cartas familiares dirigidas a una señorita, ha escrito y publicado un interesante, útil, ameno, y por todas estas cualidades precioso libro, el ilustre hombre de Estado D. Pío Gullón, recordando a los que en tanto estiman su importancia política, que ocupa con justicia un puesto distinguido en la literatura contemporánea, porque ha sido uno de los primeros escritores que en España ha acertado a tratar los más áridos temas de la ciencia, con una pureza, corrección y galanura tan simpáticas como admirables.

Con ese sencillo y a la vez encantador estilo, se propone en el libro que anunciamos explicar a una señorita la teoría del vapor como poderoso elemento de fuerza física y las consecuencias que su descubrimiento ha producido, no sólo en el orden económico, sino también en el político, en el social y hasta en el moral ó sea en el pensamiento y el sentimiento humanos.

Contribuir a la ilustración de la mujer, es rendirle un tributo más; es reconocer que a las muchas superioridades que la adornan debe unir la de una gran cultura, para ser digna de su época y de su misión; pero se necesita una magia especial para presentar a sus ojos vivos é inquietos, a su inteligencia tan perspicaz como impresionable, los problemas científicos, que resueltos forman la ilustración, tan necesaria en nuestros tiempos.

El Sr. Gullón, posee en alto grado esa indispensable magia, y su libro consigue deleitar enseñando. Al llegar a la última página, las lectoras interesadas por lo ameno de la lectura, encantadas por el estilo de la narración, saben cuanto hay que saber acerca del maravilloso invento del vapor y los efectos que ha producido en las modernas sociedades; y en vez de la fatiga que produce el estudio, experimentan la dulce satisfacción de haber vencido una gran dificultad sin sentir, ó mejor dicho, sintiendo esas agradabilísimas emociones que con la contemplación y comprensión de lo maravilloso ofrecen al alma el goce de lo sobrenatural, de lo divino.

Para que nuestras lectoras puedan formarse una idea de la belleza artística del libro que nos ocupa, vamos a reproducir un fragmento de la primera carta.

Figura el autor que una sobrina suya ha ido con varias amigas desde San Sebastián a Irún, donde en efecto posee el Sr. Gullón una preciosa villa; y que en amor y compañía de las lindas viajeras y otros amigos, hace una excursión para contemplar los paisajes, descritos por cierto de mano maestra, que enriquecen con admirables perspectivas la villa fronteriza.

De pronto llama la atención de los excursionistas un hermoso vapor trasatlántico; y aquí cedemos la palabra al autor, quien en la carta recordatoria que dirige a su sobrina María, prosigue:

«Vivo estará, sin duda, en tu ánimo el recuerdo de la curiosidad naturalísima con que llevaste a tus ojos los gemelos, y el de las palabras que por mi mal pronuncie yo entonces:

—Mira bien y despacio—creo que te dije.—Has tenido, hija mía, la fortuna de contemplar en un día esplendoroso una de las hermosas demostraciones de la grandeza y variedad de la creación, y disfrutar ahora la de observar dentro de ese cuadro, sin perturbar su encantadora armonía, uno de los inventos más fecundos que han realizado hasta hoy tus semejantes.

—¿Qué invento? ¿qué invento?—interrumpió a la sazón la más rezagada de tus amigas.

—Decía yo, señorita, que en la chimenea de aquel palacio flotante que con el nombre impropio de vapor nos señalan a lo lejos sobre los mares, en los penachos de humo y vapor que cerca del puente internacional ostentan ahora las locomotoras y en las humaredas de dos colores que se distinguen hacia Pasajes y Rentería, se representa, según yo entiendo, la conquista más trascendente que hasta hoy han hecho los hombres, y la que servirá, sin duda, para distinguir a nuestro siglo entre los pasados y venideros.»

Al oír estas afirmaciones, todos los circunstantes, poseídos del mayor interés, acosan al autor para que refiera cuanto se relaciona con el descubrimiento y la aplicación del vapor.

«Poco a poco, señores—tuve que replicar nuevamente—Ni con formalidad, ni bromeando, puedo yo comprometerme a lo que ustedes proponen. La historia de las máquinas de vapor, publicada se halla dentro y fuera de España, y cualquiera de los señores ingenieros podría referirla y comentarla mil veces mejor que yo. En cuanto a los resultados que para la marcha de la humanidad trajeron aquellos descubrimientos, yo, de muy buena fe, los sigo juzgando hasta ahora superiores a los producidos por todas las guerras y por todos los anteriores inventos. Creo, en una palabra, que se extienden al orden político, al económico y muy singularmente a las que ahora se llaman cuestiones sociales, y opino, por fin, que han tenido en la literatura y en las artes tales reflejos que ni en esta esfera ni en las antes citadas puede llamarse hijo de su siglo el que seriamente los ponga en duda, a menos que viaje por su tiempo como van en los trenes los equipajes.»

—Por eso, cabalmente por eso, convendría mucho que usted, a grandes rasgos, nos los pintara—dijo la mayor de las donostiaras.—De ser exacto lo que usted afirma, hacemos un papel algo desairado los que, creyendo ó adivinando semejante verdad, no podemos probarla siempre que ocurra. Como que, en resumidas cuentas, no la conocemos.

—Tiene usted al decirlo mucha razón y mucha modestia. Claro está que señoritas como usted, instruidas é inteligentes, debieran adquirir esas nociones como saben música, idiomas, dibujo y otras cosas mucho menos interesantes.

—Pues empiece usted a iniciarnos—replicó mi ilustrada interlocutora.

—Pero, amiguita mía, para decir sobre tales puntos algo siquiera de lo preciso, necesitaríamos, cuando menos, media hora de historia con otra media de reflexiones y comentarios; a ustedes les faltaría, de seguro, paciencia para escuchar, y a mí además de faltarme los medios para hacer tanto, me falta ya el tiempo para almorzar y volver allá abajo, donde he de encontrarme antes de las cuatro.

—De modo —dijiste tú entonces— que por no tener usted un rato disponible, mis amigas quedarán desairadas, y yo, la sobrina predilecta, tendré que viajar toda mi vida... como van los equipajes en los furgones.

No pude menos de sonreír al oírte, y para evitar mayor insistencia emprendí la marcha detrás de la francesita.

Entonces tú, dejando la protesta por el halago, y colocando una mano sobre mi hombro, me detuviste para decirme:

—Mira usted, tío, todo tiene fácil arreglo; usted vuelve después de almorzar a su casa, nosotras marchamos a San Sebastián al anochecer, y mañana ó pasado me escribe usted todo lo que nos hubiera podido contar esta tarde.

—Pero, niña, ¿sabes tú lo que es reducir a los límites de una carta palabras que en sencilla conversación y a nombre del buen sentido os hubiera yo dirigido ahora.

—Si yo no pido que ordene usted nada, ni menos que reduzca usted cosa alguna sino que en pliegucillos ó en hojas de papel vaya usted escribiendo de cualquier modo y como le ocurra todo lo que nos hubiera podido decir esta tarde. Luego me lo manda usted a San Sebastián; cito yo, cuando lo reciba, a todas estas amigas; lo leemos juntas con atención; nos convencemos de que no vive en su siglo ni tiene de su tiempo noción exacta quien no sepa lo que en él representa el vapor, y por fin todas le damos a usted las gracias lo mejor que sepamos.

—Ya no hay remedio, señor mío —dijo a la sazón el hijo de Irún;—ó conferenciante ó corresponsal; escoja usted lo que más le plazca, y por un camino ó por otro, demuestre que la característica de nuestro siglo es la máquina de vapor, sin perjuicio de la electricidad, de los rayos Roentgen ni del microscopio.

—Pero, señores, si yo no pensaba meterme en tales empeños... —Pues yo —replicó un ingeniero— opino como ese caballero; que ya no debe usted resistirse más.

—¿Lo negará usted todavía?—preguntaron en aquel momento tus compañeras?

—¿Me lo negará usted a mí si se lo pido de esta manera?—dijiste tú colgándote de mi cuello.

Claro está que convine en cuanto quisisteis, aunque repitiendo que el asunto no cabía en los moldes que le asignabais ni en las fuerzas del comisionado.

Una vez más sucedió lo que siempre acontece. Los hombres pasan el segundo tercio de su vida amonestando a los que se hallan en el primero porque se dejan dominar y conducir por el sexo bello; y los mismos varones sesudos, entrados ya en el último tercio de la existencia, ceden mucho más que los jóvenes y con mayor candidez al influjo irresistible de las mujeres hermosas.

Reclamasteis vosotras de mí que formalizase mi oferta antes de sentarnos a la mesa, precisamente cuando se ocultaba tras de Cabo Higuier el hermoso vapor que dió motivo para mis palabras; os pedí alguna paciencia, y luego nos estrechamos las manos para prestar cariñosas solemnidad a las mutuas palabras.

Así nació el compromiso que empecé a cumplir en este momento. Poned vosotras en que lo termine tanta bondad y tanta insistencia como empleasteis conmigo para que llegara a contraerlo.

Por el fragmento que antecede, habrán visto las lectoras que no hemos exagerado al asegurar que el libro del Sr. Gullón instruye deleitando. Es la ciencia convertida en preciosísima joya y ofrecida al bello sexo en un estuche tan artístico y primoroso, que vale a los ojos del alma que siente tanto como la ciencia a los ojos de la inteligencia que piensa.

Juan de Madrid.

A la luz de la lámpara.

Una fiesta aguada. — Un baile inesperado. — Bodas. — Buenas noticias. — por los soldados. — La Exposición del Círculo de Bellas Artes. — A paseo. — Pereda académico.

No se pueden hacer cálculos en esta vida: las jóvenes contaban con el cotillón que debía poner término por ahora a los sábados de la condesa de Pinohermoso, y se disponían asistir a la fiesta luciendo el cabello empolvado, y algunas lindos trajes de capricho; pero la noticia que se recibió de Bolonia, anunciando la enfermedad del hijo menor de los condes que se educa en el colegio español de San Clemente, agrió tan esperada fiesta.

El conde de Pinohermoso y su hijo segundo partieron a cuidar al joven enfermo, y aunque éste se halla ya por fortuna fuera de peligro, la condesa no recibirá lo menos hasta que pase la Cuaresma.

En cambio, se ha celebrado otra fiesta con la que no se contaba: el brillante baile de la condesa de Muguiro, que después de dos años de clausura, ha abierto sus elegantes y artísticos salones de la calle de Zurbano, tan llenos de bellezas.

Allí se bailó con verdadera animación, y se admiraron las nuevas obras de pintura de las encantadoras hijas de la condesa, que manejan el pincel con sumo acierto.

La boda de la hija mayor de los marqueses de Navamorcuende con el joven diplomático D. Juan Hurtado de Amézaga, hijo segundo de la marquesa viuda de Riscal, ha sido muy brillante.

La novia pertenece por su padre a la familia de los Abrantes, por su madre a la de los Alcañices; el novio es por la línea materna de los Oñates y Sierra-Bullones; están por lo tanto los dos unidos por vínculos de parentesco con lo más distinguido de la aristocracia española, y han recibido de sus deudos y amigos preciosos regalos. Son los dos muy jóvenes y se casan enamoradísimos. ¿Qué felicidad mayor que la suya?

Muy de veras deseo que sea eterna.

También se ha celebrado la boda del distinguido cronista de salones Sr. Retortillo y Macpherson con la señorita de León y Gato de Lema, de distinguida y acaudalada familia madrileña.

Los nuevos esposos han salido a pasar los primeros días de su luna de miel en Zaragoza y Barcelona.

Las noticias de las victorias alcanzadas por nuestro valiente ejército en Filipinas, y las corrientes de paz que vienen de Cuba, han animado mucho la sociedad de Madrid en los pasados días. ¿Continuarán estas favorables impresiones? Nadie lo duda, en lo que se refiere al archipiélago filipino; pero las esperanzas no son por desgracia tan lisongeras en lo que se refiere a Cuba. La guerra que hacen los mambises es muy diferente de la que hacen los tagalos; y de ésta como de todo el enemigo que se presente frente a frente, darán buena cuenta los bravos soldados del ejército que manda el general Polavieja.

Aquellos, los de la manigua, son más pífidos, y toda su habilidad consiste en huir de nuestros soldados.

Sin embargo, han sufrido últimamente importantes derrotas y la insurrección decrece.

Ya hay un sitio donde pasar agradablemente unas cuantas horas de la tarde antes de ir a paseo: la Exposición instalada en los patios del ministerio de Ultramar por el Círculo de Bellas Artes, con las obras que sus socios más distinguidos destinan a los heridos de la guerra.

Pradrilla, Domingo, Raimundo Madrazo, Haes, Sala, Casimiro Sanz, Sorolla, Simonet, Muñoz Degraín, Villegas, Moreno Carbonero, Viniégra, Martínez Cubells, Bernete, Benlliure y otros muchos han enviado preciosos cuadros.

Benlliure, Carretero y Alcoverro, esculturas. Todas estas obras artísticas serán vendidas al que más dé por ellas y el producto íntegro se destinará al alivio de los soldados que vuelvan heridos ó enfermos de la guerra.

Para dar mayor aliciente a la Exposición y proporcionar a los que la visiten un rato agradable, ilustres magnates é inteligentes coleccionistas, han enviado algunos cuadros de los grandes maestros que figuran en sus palacios y en sus galerías y se pueden ver allí obras que no es fácil admirar diariamente.

Hay cuadros de Fortuny de Palmaroli, de Rosales, que no son muy conocidos, y obras de los colosales del arte que

se llamaron Rivera, Velázquez, Murillo, el Greco, Rubens y Claudio Cuello.

La Real Casa ha enviado algunos de los tapices flamencos de su rica colección, y todo está admirablemente presentado.

La entrada cuesta una peseta excepto los viernes que el precio se duplica, destinándose estos productos también a favor de los soldados. De modo, que se hace una limosna a los valientes defensores de la patria y se pasa un rato agradableísimo.

La Primavera se ha adelantado este año y las tardes son deliciosas para pasear. Este es el tiempo propicio para recorrer las alamedas de la Moncloa y de la Casa de Campo, sitios deliciosos de Madrid que no son frecuentados por los que no salen de la rutina, y donde se respira el aire más puro que llega a la Corte.

Desde que el bienaventurado San Matías igualó las noches con los días, hay tiempo por la tarde para todo.

Es de esperar que el Carnaval sea más animado que otros años, cosa que no puedo afirmar al escribir estas líneas; porque ya saben nuestras lectoras que las exigencias de la numerosa tirada de LA ÚLTIMA MODA, nos obligan a cerrar el número con ocho días de anticipación.

El Abate.

Vida práctica.

EL NOVIATZGO

PARCE ser que mi *interview* sobre este punto, ha despertado vivo interés en gran número de señoras y señoritas.

Las cartas que recibo me lo demuestran, estimulándome a perseverar en la tarea que con tanto gusto desempeño y que tanto entretiene a gran número de bondadosas lectoras.

Un periódico parisiense ha dirigido análoga pregunta a sus lectores, y entre las respuestas que ha recibido figuran algunas de literatos y personas notables de las más altas clases sociales. Cuando mis incógnitas y queridas amigas hayan emitido su opinión, extrañaré los conceptos más originales y dignos de ser conocidos, formulados por los que han contestado a la pregunta del diario de París.

Voy pues a comenzar la agradable labor de reproducir las respuestas con que he sido favorecido.

Pensativa no es partidaria de los noviazgos cortos; es decir de los que duran un mes ó algunos días, como ocurre en los matrimonios de conveniencia, cuya existencia reconoce por más que no se la explica.

«Creo yo—dice—que antes de vivir en una unión tan íntima, cual es la de matrimonio, deben los que van a contraerle sostener durante algún tiempo esas relaciones que son preludio de su futura felicidad; y esto es mucho más necesario si los amantes no han tenido amistad alguna hasta el momento en que se han comunicado sus impresiones amorosas; porque en poco tiempo no pueden cerciorarse, tan a fondo como les conviene, de sus respectivas cualidades, ni lograr que arraiguen sus almas el cariño indispensable a todo buen matrimonio.

«No por esto me inclino al extremo opuesto de un noviazgo muy largo; el cual, no siendo motivado por una de esas causas inevitables que surgen en la vida, no puede ser aceptado ni por la sociedad, ni por la religión, y muchísimos por cada mujer en particular.

«¿Con qué objeto sostener unas relaciones de mucha duración? ¿Es por conocerse mejor los que aspiran a unirse? ¿Es acaso porque el trato engendra cariño, como decirse suele?

«En el primer caso, la mujer que dilata su boda con tal motivo, creo yo que está equivocada, porque el trabajo que emplease durante seis, ocho ó diez años de relaciones para conocer bien a su adorador, sería inútil y sólo conseguiría su objeto al poco tiempo de estar casada, pues aunque yo no puedo decirlo por experiencia propia, creo que hasta después de recibir la bendición nupcial no es posible conocer a fondo a los hombres. Antes del matrimonio todos sin distinción ¡son tan buenos!

«En el segundo caso, me parece que el flechazo amoroso es tan rápido, que los efectos que ha de causar, los produce muy pronto, y por lo tanto el mismo cariño con muy poca diferencia existe en los primeros años de noviazgo que cuando han pasado muchos. No solamente opino que no es necesario un largo período de relaciones amorosas, sino que le creo perjudicial, especialmente para la mujer; porque si por una de las muchas contradicciones de la vida no llega a ver realizada la ilusión tanto tiempo acariciada ¡qué difícil es que consiga ser feliz con otro hombre y qué raro será que no causen a éste cierta repugnancia las anteriores relaciones! Pero aunque esto no suceda y vea cumplida su esperanza, cuando han pasado muchos años de noviazgo, lo primero que se ocurre al ver juntos a los dos amantes es: «¿Qué tendrán que decirse que no se lo hayan dicho?». Prueba de que no se les considera ya con aquella ilusión propia de los primeros tiempos de sus relaciones, ni que como en estos es tan natural su expansión.

«En vista de lo espuesto, opto por el término medio: el noviazgo, ni muy corto ni muy largo.»

Primavera, emite en breves, pero expresivas líneas, su dictamen:

«La pregunta que nos ha dirigido Mario Lara—dice—encierra un poema de felicidad. No entraré en pormenores, limitándome a exponer que la mujer que no posea más hermosura que la física, debe abreviar el período de las relaciones, porque dicha hermosura dura poco, cuando no es más que una preciosa portada de un libro cuyas hojas están en blanco.—Si es pasadera de rostro y cuenta con la belleza del alma, puede esperar algo más, aunque no mucho, porque los hombres en su mayoría son egoístas y quieren que la mujer sea en todo perfecta. En cambio la que atesora la belleza del alma y la del cuerpo, puede estar tranquila aunque las circunstancias la obliguen a esperar mucho tiempo, porque la mujer que es buena, bonita y tiene talento, sabe lograr que su compañía sea cada día más agradable.

«De todos modos y por lo que pueda ocurrir, considero que en cuanto la mujer está perfectamente penetrada de lo que es un adorador, debe desear que se celebre la boda.»

Amor y poesía, mi constante favorecedora, colma de bondadosos elogios a nuestra querida revista, revela una vez más sus nobilísimos sentimientos, y emite su opinión en el asunto que tratamos, en los siguientes términos:

«Opino—dice—que de las relaciones cortas no siempre suelen salir buenos matrimonios, porque el verdadero cariño no se improvisa en cuatro días, y si éste no existe, tampoco puede haber felicidad.

«Por esta razón, me parecen más convenientes las relaciones largas, porque mientras más tiempo se tratan los novios, más se consolida el cariño, y como se dice vulgarmente, también pueden conocerse a fondo, y apreciar mejor cada cual sus respectivas cualidades morales; pues el amor que principalmente en ellas se funda, es eterno.

«Hay pocos ejemplos de relaciones largas que se hayan roto, porque cuanto más tiempo duran éstas, es la mejor prueba del verdadero cariño; así pues, para ir al altar los novios, debe ser con el cariño muy bien cimentado.»

En el próximo número continuaré publicando las opiniones con que he sido favorecido, y las demás que vaya recibiendo. Encarezco a las señoras que se propongan tomar parte en esta discusión, que no demoren el envío de sus amables cartas.

Mario Lara.

Preguntas y Respuestas.

La perla de una concha.—Aseguro a V. que estoy muy lejos de haberla olvidado y que tengo verdadero gusto en que continúemos nuestras amistosas relaciones.—Ruego a V. repita las preguntas a que se refiere.—En cuanto al dibujo de *guipura*, en la Hoja de labores artísticas repartida con el núm. 446 de nuestro semanario, figura uno lindísimo muy a propósito para la labor en cuestión.—Quedo a sus gratas órdenes.

Mariposilla blanca de Búrgos.—Contestación a sus preguntas: 1.ª No, señora; es necesario usarla constantemente.—2.ª

No puede asegurarse, porque depende de muchas circunstancias.—En ese caso debe V. dejarlo, porque no merece la pena de adoptar un tratamiento tan enérgico.

Brisa del Lérez.—Sí, señora; uno de nuestros dibujantes puede ejecutar el nombre que V. necesita, como encargo particular, y costará a V. 4 pesetas.

Espigas y Amapolas.—Servido patrón.

G. C.—Las onduladoras, Margarita proporcionan el ondulado de moda. El tamaño de las horquillas no influye en absoluto en el tamaño de las ondas. Estas se gradúan a capricho, arrollando en las horquillas más o menos cantidad de cabello.—Puede y debe V. hacerlo, en honor del buen gusto.

Montañesa.—Será V. complacida lo antes que nos sea posible.

Violeta de Valencia.—Muchas gracias.—No es V. amable que digamos!—Tomo nota de su encargo.—El traje de que se trata no admite más adorno que una corbatita de muselina o encaje crema, prendida en el escote con un grupo de violetas.—Quedo a sus gratas órdenes.

Porte-celo.—Me alegro de ser yo la culpable; pues así siempre estoy en el caso de reincidir.—No existe más diferencia, sino la de que en las cajas de 2, las onduladoras son de mayor tamaño que las de las cajas que contienen 4.—La *Crema de la Meca*, atenúa mucho los efectos de esa enfermedad de la piel, así como el uso constante de agua boratada para lavarse el rostro diariamente.—Servida reclamación.

T. B. de G.—Sí, señora; se usan muchísimo.—Para vestir, cachemir blanco, adornado con cenefas bordadas a la inglesa. Para diario franelitas listadas de tonos blanco y grana o blanco y azulina.—No hay de qué.

Filomena.—Su justa pretensión será atendida en cuanto nos sea posible.

Amapola en estufa.—Contestación a sus amables preguntas por el orden con que me las dirige: 1.ª Para la lanilla jaspeada cuya muestra me remite, me parece muy lindo y a propósito el modelo, grabado núm 15 del presente número.—2.ª No se forran, se montan en un ancho canesú que sirve de base y sostén a la prenda.—3.ª Debe V. ser la primera en adelantarse a saludarla.—4.ª Tiene V. razón; la paz es muy hermosa en todos los terrenos, y lo sería más aun si para conquistarla no fuera preciso empezar por la guerra.—No, señora; diga V. más bien que peca de demasiado modesta.

Lucía de Lammernor.—Por ésta vez, las dos hemos sido más afortunadas.—Siento no poder

dar a V. las noticias que me pide, pues sólo conozco de oídas el específico en cuestión.—Tampoco he oído hablar de la segunda preparación que cita, si bien sé de una composición análoga que se emplea para fortificar el cabello y activar su crecimiento, que es el *Agua de los Alpes*. Cuesta 8 pesetas en Madrid.—Nada tengo que dispensar a V. y si mucho que agradecerla.

Mamá indecisa.—Hace V. muy bien en someterme sus dudas, no porque crea que no puede V. resolverlas por sí misma, sino porque esto sirve de pretexto para que me escriba V. a menudo.

—Los trapecitos a que se refiere V. se componen de una faldita plegada y una blusita marinera. La primera de lana azul y la segunda de franela blanca o franela listada de dos tonos azules. Las faldas de los citados trapecitos, están montadas en cuerpos sin mangas de percal blanco, con lo cual se evita el inconveniente que V. indica.—Es un poco pronto para ponerse sombrero de paja.—Mientras llega el mes de Mayo, dede usar una gorra marinera de paño blanco o azul.—Botitas altas o zapatos a la inglesa.—Lo comprendo muy bien y felicito a V. por su buen orden y economía doméstica.

Madriñena triste.—El gusto es mío.—El mismo que por una madre, o sea un año de rigoroso y seis meses de alivio.—Un traje de lana negra, adornado con solapas y plastrón de crespón inglés.—No hay regla fija; pero V. debe someterse a las costumbres establecidas en esa localidad, usándolo durante los seis primeros meses.—Hasta cuando V. guste.

A. Leopoldina.—La cristalería blanca está mucho más de moda que la cristalería de color.—En el centro de los dos extremos del mantel.—Las flores empleadas para adornar una mesa se colocan en canastillas de mimbreras que quedan ocultas bajo el follaje.—Encuentro su idea excelente.—El primero de los dos.—Un traje negro me parece demasiado sombrío. Mejor será que elija V. un traje de seda malva, verde reseda, o azul zafiro, que luzca en el cuerpo un delantero chorrera de muselina de seda blanco hueso.—'Qué más quisiera yo que ser así! Pero por desgracia estoy muy lejos de parecerme al ideal que se ha forjado V. de mi humilde persona.

N. B. de L.—El nombre a que V. se refiere figura en el reverso de la hoja de patrones del número 461.—Algodón blanco.—El hilo chino está un tanto desacreditado entre las bordadoras; pues si bien resulta muy lindo su efecto al terminar el bordado, se queda muy feo y deslucido cuando la prenda ha sufrido durante algún tiempo los frecuentes lavados a que está sometida la ropa blanca.

Ave de paso.—Las toeritas de pasamanería de seda negra seguirán usándose durante la Primavera.—No suelen ser móviles.—Los peinados modernos son altos y se distinguen por sus graciosas formas. En el *Carnet* del núm. 460 encontrará V. una linda colección de modelos que reproducir.—La fecha se graba en el interior del anillo.—Sobre el ala del sombrero, prendido con alfileres fantasía.—Muchas gracias por sus amables frases y también por la activa propaganda que hace V. de nuestra querida revista.

D. G. de M.—Su reclamación fué oportunamente atendida.

N. B. de L.—El modelo de manteleta que me describe resulta muy antiguo y no tiene reforma posible. La seda brochada del fondo puede V. utilizarla, bien para adornos o bien para confeccionar un cuerpo-blusa en combinación con terciopelo liso.—Se quitan humedeciéndolas con agua fría y haciéndolas saltar con la hoja de un cuchillo.—Muchas gracias por su amable mensaje.

Angela.—Contestación a sus preguntas. 1.ª Los cuerpos cortos se usan muchísimo, y en su mayoría tienen las costuras visibles.—2.ª Necesita V. 16 metros de seda brochada y 3 de terciopelo liso para los adornos.—3.ª No es indispensable que estén colocadas en jardineras de mimbres dorados; también hacen muy buen papel en el centro de las mesas o sobre artísticos pies o columnas drapeadas.—No tiene V. nada que agradecerme.

A una admiradora de Eiffel.—Es preferible que forme V. las piezas una por una, haciendo después las costuras de unión sobre las que se recarga el forro.—Las cenefas de terciopelo constituyen un adorno bonito y moderno, y me parecen mejor que las quillas para el traje en cuestión.—Frunces muy gruesos. Las palas son incompatibles con los pliegues acanalados que forman las faldas modernas.—Muchas gracias por sus buenos deseos, de los que participo en sentido recíproco.

Enero del 91.—Las frutas se sirven en canastillas de mimbreras, mucho más lindas y modernas que los fruteros de porcelana.—Mantelería de lienzo adamascado blanco o crudo, con anchas cenefas de color tejidas o bordadas.—Para las marcas se emplean algodones de los colores de las cenefas.—Deben estar colocados sobre la mesa.—A las cinco de la tarde.—Muchas señoras siguen esa costumbre, que resulta bonita y delicada.—Cuando V. guste, segura de proporcionarme un placer.

[La Secretaria.]

Necesas de la mujer casera.

Para limpiar y pulimentar los muebles de caoba o de nogal.—Se disuelve en el baño de María cera virgen en esencia de trementina rectificada. No es necesario indicar las dosis, pues depende de la cantidad de muebles que se deseen restaurar. Cuando la mezcla tome aspecto viscoso, está en condiciones de ser utilizada, lo que se hace empapando en ella una muñequita de franela o un trapo de lana y frotando el mueble todo el tiempo que sea necesario hasta que la madera parezca que acaba de salir del obrador del ebanista.

Agua para limpiar el cobre.—Se disuelven 30 gramos de sal de acedera en un litro de agua de río, y aparte cuatro cucharadas de polvo de madera blanca muy fino en tres, de espíritu de vino y dos de esencia de trementina. Después se une esta mezcla con la disolución de sal de acedera, y se guarda en una botella bien tapada y en sitio seguro, porque es un veneno muy peligroso.

Memento.

Para adquirir *corsés*, confeccionados con especial esmero, cómodos e higiénicos, deben dirigirse las señoras a la acreditada corsetera doña María Garcías, calle de la Salud, núm. 9, cuarto entresuelo, Madrid, en la seguridad de que serán bien servidas y quedarán plenamente satisfechas de su adquisición. También son muy estimados los *corsés-faja* de elástico metálico, que confecciona la misma corsetera.

Cada día se ve surgir algún específico para el cutis. Todas estas panaceas, que no son sino afeites, hacen la fortuna de la *Crema Simón*, a la que se está obligado a recurrir si se quiere volver a tener la *frescura y la belleza*. Desde hace treinta y cinco años, *Crema*, *Polvos de arroz* y *Jabón Simón*, son la última palabra de la higiene en perfumería.—J. Simón, 13, rue Grange Batelière, París.

LA COCINA MODERNA PERFECCIONADA.—Tratado completo de cocina, pastelería, repostería, economía doméstica y floricultura de ventanitas y balcones. Ilustrado con numerosos grabados.—Un tomo de más de 500 páginas.—Precio en Madrid: 3 ptas. En provincias, certificado, 3,75 ptas.—Pídase en la Administración de LA ÚLTIMA MODA.

◆◆ Agente exclusivo de LA ÚLTIMA MODA para los anuncios extranjeros: M. A. Lorette, Director de la Société Mutuelle de Publicité, Rue Caumartin, 61, París ◆◆

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARÍS, y en todas las Farmacias.
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abalorios, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECHO y de los INTESTINOS.

ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 AÑOS de éxito.

CEREBRINA
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS, NEURALGIAS
Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, 11, PARÍS
En MADRID, Melchor GARCÍA, y todas las Farmacias.
Desconfiar de las Imitaciones.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEHAUT
DE PARÍS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le conviene, según sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

Kananga del Japon
RIGAUDY C^a, Perfumistas
Provedores de la Real Casa de España
8, rue Vivienne, PARÍS
Agua de Kananga de RIGAUD, la loción más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cutis, perfumándolo delicadamente.
Extracto de Kananga de RIGAUD, suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo.
Polvos de Kananga de RIGAUD, blanquean la tez con un elegante tono mate, preservándolo del asoleo.
Jabón de Kananga de RIGAUD, el mas grato y untuoso, conserva al cutis su nacarada transparencia.
Depósito en las principales Perfumerías.

Trabaja 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFELICA
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPILLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOSES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso.
GANDERET C^a, 81 St-Denis, 16

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinción de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Srs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.
Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARÍS.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
con BISMUTO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Fructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARÍS.

OBESIDAD
trata con éxito desde hace 30 años con las
PILDORAS DE REDUCCIÓN DE MARIENBAD
En las principales Farmacias
del Dr. SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial
Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para la rápida curación de las Afecciones del pecho, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo, recomendado por los primeros médicos de París.
DEPÓSITO EN TODAS LAS FARMACIAS. — PARÍS, 31, Rue de Seine.

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
DOS FÓRMULAS:
I — CARNE-QUINA
En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles ó Influenza.
Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito e igualmente muy recomendados por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^a, Farmaceuticos, 102, Rue Richelieu, PARÍS, y en todas Farmacias.

El mejor Calmante
JARABE BERTHÉ
contra: Tos, sea cual fuere su causa, Resfriados, Gripe, Coqueluche, Males de Garganta, Dolores de Estómago, Dolores de Vientre en las mujeres, Jaquecas, Agitación nerviosa, Insomnio y todos los Padecimientos indeterminados.
PASTA BERTHÉ, complemento del tratamiento.
EXIJANSE el Sello del Estado francés y la Firma:
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faub^a Saint-Denis, PARÍS.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Recomendado desde 30 años por los Facultativos
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
Exijase el Sello de la "UNION des FABRICANTS" y la Firma del Dr. DELABARRE.
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faub^a St-Denis, París, y Farmacias.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE **APIOL** DE **JORET y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
CAPSULAS DE **APIOL** DE **JORET y HOMOLLE** EVITAN DOLORES RETARDOS
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PATE EPILATOIRE DUSSER

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

MADRID.—Imprenta particular de «La Última Moda»

La Última Moda

SUPLEMENTO ARTÍSTICO LITERARIO



El bosque de mirtos.

De niño pasaba yo por ser muy listo; pero poco antes de cumplir los diez y siete años, di en entontecer de una manera alarmante. Era tan grande mi timidez, que siempre que saludaba á un conocido ó tenía que sentarme á su lado, el sudor cubría mi frente y me temblaban las piernas. La presencia de una mujer me intimidaba. Seguía al pie de la letra aquel precepto de un autor místico que nos enseña á admirar las virtudes del bello sexo sin fijarnos en sus encantos personales, y lo seguía muy á pesar mío, por culpa de mi invencible cortedad.

Bien hubiera querido, siempre que me hallaba frente á frente de una mujer, sostener con ella larga y animada conversación; pero todos mis propósitos eran inútiles. Me faltaban palabras, incurria en indisculpables torpezas, y por todos los medios trataba de abreviar una situación para mí tan angustiosa como ridícula.

Y sin embargo, me gustaban las mujeres, y especialmente una amiga de mi madre, viuda del célebre pianista Gance, muerto prematuramente. Alicia era el nombre de la joven, en quien yo admiraba un dechado de hermosura. Verdad es que no había tenido valor de examinar detalladamente sus atractivos, y que no sabía á punto fijo cuál era el color de sus cabellos ni el color de sus ojos. Aquellos flotaban al aire entan caprichosas ondulaciones, y éstos despedían tan brillantes miradas, que unos y otros ejercían sobre mí poderosa fascinación; perdía la cabeza y me era imposible analizar unos encantos que me trastornaban el juicio.

Mi madre solía decir que las facciones de la señora de Gance, examinadas aisladamente, no tenían nada de particular. Siempre que mi padre lo oía movía la cabeza en señal de que no estaba conforme con semejante opinión. Quizás le sucedía lo que á mí; prescindiendo de los detalles, se fijaba en el conjunto de gracias á que debía la viudita su reputación de mujer hermosa. No cabe duda de que era encantadora; todo el mundo lo reconocía así. Confieso que me atraían sus encantos; pero á la vez me infundían miedo. No existe cosa más agradable que la hermosura, ni nada más temible.

Una noche que había reunión en mi casa, entró la viudita en la sala con el semblante risueño como nunca. Por lo regular, afectaba un aire de seriedad majestuosa, unas veces atrayéndose admiradores, á quienes se imponía con las armas de su hermosura, otras apartándoles con gestos de soberano enfado. Yo no llegaba á comprender aquellas maniobras. Hoy me las explico claramente: la señora de Gance era coqueta, y practicaba el arte de la coquetería con relativa perfección.

Al entrar aquella noche en la sala la señora de Gance se complació en repartir bondadosas sonrisas entre todos los circunstantes, sin olvidarse del más humilde, que era yo. ¡Cuánto agradecí aquella muestra de aprecio! Me envalentoné, atreviéndome á mirar con insistencia á la encantadora viuda, y creí sorprender en sus ojos una expresión de vaga tristeza; descubrimiento que me llenó de pesar. ¿No era justo que yo compartiera con ella sus penas, ya que no estaba en mi mano aliviarlas?

Alicia, accediendo á los ruegos de sus admiradores, se sentó al piano, y tocó un nocturno de Chopin. En mi vida he oído nada más hermoso. Lo escuché sin perder una nota, pareciéndome que los dedos, largos y blancos de la gentil pianista, acariciaban mis oídos cariñosamente.

Cuando terminó, la acompañé hasta el sitio que había ocupado antes de ponerse á tocar el piano y me senté á su lado. Fué un rasgo de valor del que apenas me di cuenta. Pronto sentí que flaqueaban mis fuerzas. Estaba muy próximo á una mujer encantadora y llegaba á mí el perfume de su aliento. El lance era muy comprometido, para un novicio en achaques amorosos, y por añadidura, corto de genio. Me preguntó la joven si era ó no aficionado á la música; su voz me hizo temblar. Alcé los ojos y ví los suyos clavados en los míos. Aquella mirada lo echó todo á perder.

—Sí, señora—respondí lleno de turbación y sin darme cuenta de lo que decía.

No sé cómo en aquel instante no se abrió la tierra para tragarme; sin duda fué porque la Naturaleza escucha indiferente las súplicas más ardientes de los hombres.

Pasé toda aquella noche sin dormir; apenas me encerré en mi habitación me dí con rabia unos cuantos cachetes y no me cansé de llamarme imbécil. A la mañana siguiente, á pesar de las reflexiones que me hice en propia defensa, aun no estaba reconciliado conmigo mismo. Porque es lo que yo me decía: Querer expresar á una mujer que es hermosa, que es más que hermosa, y que sabe arrancar al piano suspiros, sollozos y lágrimas de mentirijillas que se confunden con las verdaderas, y no encontrar para manifestar estas impresiones otras palabras

que las dos consabidas: *sí, señor*, es lo mismo que reconocer que eres incapaz de decir lo que piensas y sientes, y que el divino don que te distingue de los animales, maldita la cosa para lo que te sirve. Convéncete de que estás malo, de que no debes vivir en sociedad y escóndete donde nadie te vea.

¿Esconderme? No deseaba otra cosa; pero no podía conseguirlo del todo. Tenía que asistir á clase, sentarme á la mesa, ir á paseo; y aunque trataba de que nadie se fijara en mí, ¿cómo evitarlo? Menos mal cuando estaba con mis condiscípulos: si alguno de ellos hubiera sabido mi aventura, no se habría burlado de mí impunemente, le habría hecho callar, dando ó recibiendo unos cuantos pescozones, y demostrándole que conmigo no se jugaba. Pero no estaban en el mismo caso las amigas de mi madre; y por eso huía de su presencia, comprendiendo cuánta razón encierra aquel precepto místico que dice: «Apártate de las mujeres; no frecuentes su trato.»

Este sí que es un buen consejo, pensaba yo. Si aquella noche funesta no me hubiera acercado á la señora de Gance, después de sentirme fascinado por la manera que tuvo de ejecutar al piano un nocturno poético y apasionado; si me hubiera alejado de la pianista, huyendo de sus peligrosos hechizos, no me habría ella dirigido la palabra preguntándome: «¿Le gusta á usted la música?» y yo no habría contestado: «Sí, señor.»

Estas dos palabras: «Sí, señor» sonaban constantemente en mis oídos. Me perseguían como una pesadilla. El recuerdo de haberlas pronunciado me acompañaba á todas horas, ó por mejor decir, me parecía que por efecto de un fenómeno inexplicable, habiéndose detenido el tiempo en su carrera, no pasaba para mí el instante en que cometí la irreparable torpeza de contestar á una mujer hermosa: «Sí, señor.» No es que me remordiera la conciencia. Los sentimientos que torturaban mi alma eran mucho más horribles. Durante seis semanas viví entregado á las más sombrías meditaciones, y éstas me produjeron un estado de melancolía, que llegó á preocupar á mis padres. Los médicos aseguraron que corría grave peligro de volverme imbécil.

En prueba de que ya lo era, recordaré que en mí se daba el contraste de ser tan atrevido en mis opiniones como tímido en el trato de gentes. Por lo general, la inteligencia de los jóvenes no admite concesiones. La mía era inflexible. Me creía el único depositario de la verdad. Y cuando me encontraba solo, nadie me ganaba en violencia ni en espíritu revolucionario.

Mucho he cambiado desde entonces. Hoy la indulgencia y la tolerancia me sirven de norma. Respeto las ideas de los demás, y no estoy muy seguro de las mías... Pero esto no me ocurría así cuando contaba diez y siete años. Y no comprendo cómo podían resistirme; porque mezcladas mi audacia en la teoría y mi timidez en la práctica, resultaba de esta mezcla un carácter absurdo y nada simpático.

Seis meses después de la bochornosa aventura que acabo de referir, y terminados mis estudios de retórica con algún lucimiento, mi padre me envió al campo á pasar las vacaciones. Me recomendó á uno de sus más modestos y apreciables colegas: á un médico rural que ejercía en San Patricio.

Allí fuí á dar con mis melancolías. San Patricio es una aldea de la costa normanda; una pobrecita aldea que pintorescamente se escalona desde un bosque hasta un arenal, encerrado entre rocas. En aquella época, la playa presentaba aspecto salvaje y estaba desierta. Por primera vez contemplaba yo el mar, y no me cansaba de admirarle. Pasear por el bosque era otro de mis encantos. El rumor del agua y los murmullos del follaje se armonizaban con las vaguedades de mi espíritu. Corría á caballo por el bosque, me tumbaba á medio vestir en la arena; siempre agitado por el deseo de algo desconocido que adivinaba en todas partes y que no encontraba en ninguna.

Pasaba solo casi todo el día, y muchas veces lloraba sin saber por qué. A lo mejor, las lágrimas se agolpaban en mis ojos, latía mi corazón con vehemencia y me parecía que iba á faltarme la vida. A pesar de lo cual no hubiera cambiado aquella agitación é intranquilidad que invadía todo mi ser por la calma y la serenidad que muchos juzgan compañeras de la dicha. No, no las hubiera cambiado. Testigo de ello son los árboles cuyas ramas rozaban mi rostro, y testigo también la escarpada roca desde donde veía hundirse el sol en el mar. No existe en el mundo alegría que compense el delicioso tormento de que me sentía afligido, nada que equivalga á los primeros sueños en que se complace nuestra fantasía. Si el deseo embellece todos los objetos que constituyen nuestra ilusión, el deseo de lo desconocido embellece todo el universo.

Siempre he tenido algo de candoroso, á pesar de mi malicia, y habría tardado en averiguar la causa de mi turbación y de mis vagas aspiraciones, á no habérmela revelado un poeta.

Desde mis primeros años, tomé afición á la poesía. A los diez y siete era entusiasta admirador de Virgilio; siempre llevaba en el bolsillo un tomito con las producciones del célebre mantuano, que aún conservo como una reliquia. Sus páginas aún contienen flores secas, muchas de ellas y las más antiguas procedentes del bosque de San Patricio, en el que fuí á la vez tan feliz y tan desgraciado á los diez y siete años de edad.

Ocurrió, pues, que un día en que paseaba cerca del bosque, respirando con delicia el olor del heno recién cortado, mientras el viento marino ponía sal en mis labios, experimenté invencible languidez, me senté en el suelo y mis miradas se perdieron en los caprichosos celajes.

Poco después abrí distraídamente el tomo de Virgilio, y leí lo que sigue: «Allí van los que perecen víctimas de un despiadado amor, allí se ocultan en las enramadas misteriosas, y en torno de ellos el bosque de mirtos esparce sus sombras...»

«El bosque de mirtos esparce sus sombras.» Estas palabras fueron para mí una revelación. Sabía dónde estaba aquel simbólico bosque de mirtos; mi imaginación lo conocía con todos sus escondites; pero hasta entonces había ignorado su verdadero nombre. Virgilio acababa de revelarme la causa de mis penas. Su nombre era el amor. No había duda; estaba enamorado.

¿Enamorado? Pero ¿de quién? No lo supe hasta que no volví á ver á la señora de Gance. De seguro que mis lectoras, más perspicaces de lo que fui yo en aquella ocasión, habrán adivinado que el objeto de mis afanes era Alicia. Precisamente me llevaba la fatalidad á enamorarme de una mujer, delante de la cual había hecho un papel ridículo y que debía conservar de mí un recuerdo poco lisonjero. Tenía motivos para desesperarme. Gracias á que por entonces las desesperaciones habían pasado de moda: nuestros padres abusaron de ellas y las desacreditaron. No traté de rehabilitarlas, ni fuí á ocultar mi desgracia al pie de las arcadas ruinosas de un vetusto claustro, ni llené con mis acentos melancólicos la soledad de un desierto, ni invoqué al aquilón. Me conformé con ser desgraciado y tomar el título de bachiller.

Mi situación era cruel como pocas: cuando veía y escuchaba á Alicia me atormentaba la idea de que aquella mujer era la única á quien podía amar, y la única de quien nunca podía esperar una frase cariñosa. Siempre que se sentaba al piano y era yo el encargado de volver la hoja de las composiciones que ejecutaba con su acostumbrada maestría, me fascinaba la contemplación de los rizados cabellos que jugueteaban sobre su alabastrino cuello. Para no exponerme á decirle otra vez: «Sí, señor» hice voto de no dirigirle la palabra.

No tardaron en ocurrir en mi vida trascendentales mudanzas, y tuve que perder de vista á mi adorada Alicia, siéndome fácil cumplir el castigo que impuse á mi torpeza.

Después de lo que cuento han transcurrido muchos años, y hace pocos días que en un balneario encontré á la señora de Gance. De los encantos de su hermosura que en mí habían producido tan extraordinaria turbación, quedan aún restos muy apreciables. Alicia conserva en su persona ese no sé qué, esa gracia, que respetan los años. Mis cabellos grises me eximían del cumplimiento de mi voto, y me apresuré á saludarla afectuosamente.

La saludé sin que la emoción turbase mi voz ni mis miradas. Ella me reconoció en seguida, y unidos nuestros comunes recuerdos, en largas y frecuentes conversaciones, encontramos alivio al aburrimiento de la vida de bañistas. Pronto se estrecharon nuestras amistosas relaciones. Un día no pude menos de decir á mi compañera de fatigas.

—Ha sido usted una de las mujeres más hermosas y más admiradas.

—Es verdad—me respondió ella sonriéndose. Ahora que soy vieja, puedo decirlo. Tenía el don de agradar. El recuerdo de aquellos tiempos me consuela. Merecí todo género de elogios, á cual más halagador. Pero de seguro que voy á sorprender á usted si le revelo cuál es de todas las pruebas de admiración de que he sido objeto en mi vida, la que más me ha lisonjeado y conmovido.

—Ya estoy impaciente por saberla.

—Oigala usted. Una noche (de esto hace mucho tiempo) un estudiante experimentó al mirarme tal turbación que á una pregunta que yo le hice, me respondió: «Sí, señor.» Estas dos palabras fueron dichas de un modo, que le confieso á usted que sonaron en mi oído más agradablemente que las más tiernas protestas de amor y que las mayores alabanzas. Mi corazón se conmovió hondamente al escucharlas, y no sé cómo me contuve y al contemplar la turbación de aquella inocente criatura, no le cogí en mis brazos y le dí un par de besos.

Anatolio France.

I.^o—Marzo de 1897.

La Moda en 1896.

Un obsequio de aquellas de nuestras constantes favorecedoras, que acompañan á La ÚLTIMA MODA con tanto afecto desde que empezó á publicarse, voy á proseguir la historia de la Moda que empecé hace cinco años, y que á medida que va pasando el tiempo y se suceden años y acontecimientos, resulta más amena é interesante. Estolo digo, pensando que es más que probable, que á mis lectoras les agrade como á mí, poder comparar las modas actuales con aquellas que en otras épocas cautivaron nuestro gusto y que hoy recordamos como á antiguas y buenas amigas.



Núm. 1.—Invierno de 1895 á 1896.

La ampliación de las innovaciones introducidas en el Otoño precedente. Los trajes se confeccionaron con terciopelo inglés, lana esponjosa, lana brochada y paño liso y diagonal; dominando en los citados tejidos los tonos vino de Burdeos, verde oscuro, Cardenal y piel de Suecia.



Núm. 2.—Primavera de 1896.

Los trajes de primavera se usaron nada, y fueron reemplazados ventajosamente por cuellos de piel de caprichosas formas guarnecidos con cabecitas disecadas. Los sombreros



Núm. 3.—Primavera de 1896.

por sus desmesuradas proporciones. Las formas, de fieltro ó terciopelo, se adornaron con profusión de plumas, colocadas en grupos gemelos, y pájaros fantasía de brillante colorido. Una novedad introducida en los adornos de pluma, consistió en formar con tan precioso elemento graciosos lazos, sostenidos por broches y hebillas de acero perlado. Como adiciones de toilette que alcanzaron gran aceptación, citaré los guantes de cabritilla con cenefas de piel, las corba-



Núm. 4.—Invierno de 1895 á 1896.



Núm. 5.—Primavera de 1896.



Núm. 6.—Primavera de 1896.



Núm. 7.—Invierno de 1895 á 1896.

tas-chorrera de finísimo encaje y los manguitos fantasía de terciopelo, seda y encaje, adornados con grupitos de flores y forrados interiormente de piel. Los modelos reproducidos en tamaño reducido por los grabados números 1, 4 y 7 vienen á confirmar prácticamente cuanto acabo de decir acerca de las modas en el Invierno del año 1896.

Siempre acogemos con gusto las novedades de Primavera. Está una tan cansada al llegar al término del Invierno de usar trajes sombríos y abrigos pesados, que consideramos como una fortuna poder sustituir las pieles con los encajes y lucir á cuerpo los talles más ó menos esbeltos, condenados á permanecer ocultos durante tanto tiempo bajo los desairados abrigos.

Las modas de Primavera del año 1896, recibieron, si cabe, más favorable acogida que en años anteriores; y no sin razón, pues nada dejaron que desear como graciosas y bonitas. Figuraron en primeralíneas los cuerpos-blusa de seda glaseada, seda listada, crespón de seda y muselina de seda de delicados tonos y hechuras verdaderamente ideales. Recuerdo, porque se reprodujo mucho, un modelo de este último tejido, en el que espalda y delanteros, fruncidos y montados sobre un forro ajustado de seda, tenían por todo adorno anchas cintas de terciopelo que partían del fondo de muselina y terminaban en la línea del talle bajo un estrecho cinturón. Las faldas acanaladas alcanzaron su mayor grado de apogeo durante la florida estación. En las mangas se advirtió una innovación, preludio de otras mayores que fueron introducidas en las estaciones siguientes. La innovación á que aludo, consistió en modificar el corte, de modo que las man-



Núm. 8.—Verano de 1896.

lindos é interesantes de la estación que ha originado estas líneas.

Para confeccionar los trajes de Verano, que fueron lucidos en playas y casinos, se emplearon tan lindos tejidos como crespón de seda, seda de la India, seda glaseada, laquilla jaspeada y batista de algodón y seda de tonos maíz, azul porcelana, rosa oscuro, dalia y verde agua. Las faldas acanaladas, con ó sin delantero, lisas ó adornadas con cenefas y quillas de encaje, no tuvieron modelo con que competir. Los cuerpos-blusa de la Primavera, siguieron muy de moda, sin otra variación que tener las mangas más cortas y abiertas en las bocamangas, con arreglo á caprichosos modelos, para dejar esca-



Núm. 9.—Verano de 1896.

par rizados vuelillos de muselina ó encaje. Estos cuerpos se adornaron con profusión de encajes dispuestos en forma de cuellos, corbatas, solapas, camisetas, golas, etc. Algún modelo que otro tuvo por complemento una chaquetita Figaro ó torera, de encaje ó tul, sembrado de motivos bordados con perlas y cabochons de azabache. A este tul, se dió pasamanería de Verano y se empleó con éxito lisonjero en el adorno. A principios de la estación calorosa, se notaron tendencias á



Núm. 10.—Verano de 1896.

amplitud de á últimos de acentuó la con la aparición de la manga mariposita pronto supo nuestras sombreros de distinción novedad de pleadas para paja de seda mente tejida, paja ondulada de paja. Los sombreros tante altas, y las alas anchas y rectas en su mayoría soportaban con trabajo lo excesivo de los adornos, consistentes en grandes lazos de cinta brochada con dibujos de cachimir, escarolados de gasa, lazos de encaje sostenidos por invisibles alambres y numerosas flores de sedas sueltas ó agrupadas sin más ley que el capricho del momento.

Las tocas mariposa de tul de delicados colores, adornadas con altos esprits de flores, fueron uno de los éxitos del Verano, cuyas novedades más salientes recordarán mis lectoras si fijan su atención en los grabados números 8, 9, 10, 11 y 12.



Núm. 11.—Verano de 1896.

toreras de terciopelo, seda, pasamanería, etc., y fantásticos cinturones. Algunas chaquetas estilo Luis XV, abiertas sobre chalequitos de seda otomanas, velados por corbatas de encaje,



Núm. 12.—Verano de 1896.



Núm. 13.—Otoño de 1896.

Una de las prendas de Otoño, primeras en efectuar su aparición, son los abrigos de entretiempo. Los del Otoño pasado, se confeccionaron con arreglo á tres modelos tipos: la esclavina semi-larga de paño, de un medio color, guarnecida con aplicaciones de seda ó bordados de *soutache*; la chaqueta con espalda entallada y delanteros sueltos pro-



Núm. 14.—Otoño de 1896.

alteraron un tanto la monotonía de tanta chaquetita torera. Como colores, reinaron en absoluto los tonos metálicos, cobre, acero y bronce; y en calidad de adornos fueron empleados los bordados de *soutache* y cordoncillo, los botones de esmalte, metal y madera tallada, las aplicaciones de terciopelo, y las sardinetas de cinta y pasamanería, estas, últimas con verdadera profusión. Los sombreros, de terciopelo negro ó de color, un tanto exagerados de copa, lucieron como adorno diademas y grupos de plumas combinadas con flores contrahechas de seda y terciopelo. Las cintas tornasoladas y brochadas de los sombreros de Verano, reaparecieron en los sombreros de Otoño, consideradas como novedades y no sin razón, pues sus efectos eran sobre el terciopelo que cubre la paja. Con la caída de la hoja coincidió la tentativa de algunos modistos franceses que quisieron imponer las mangas completamente ajustadas al brazo; pero con tan mal éxito, que se vieron obligados á desistir de su empeño transigiendo con las mangas semi-huecas.

Clementina.



Núm. 15.—Otoño de 1896.

Por qué soy muy niña.

MONÓLOGO

Una jovencita, todavía con traje corto y el cabello recogido en dos trenzas que le caen por la espalda.

Muy niña! Una vez más acaba mi querida mamá de decirme que aun soy muy niña. ¿Hasta cuándo voy a serlo? Francamente, esa insistencia en contener mis ímpetus, en cortarme las alas apenas comienzo a desplegarlas, me va cargando un poco. Comprendo que para algunas cosas soy aún niña; pero no como creí mi mamá, puesto que comprendo lo que según ella no puedo aun comprender. Y sin embargo... la verdad es que cuando quiero soy muy formal. ¡Vaya! Lo que sucede es que no quiero serlo a menudo, porque ¿para qué sirve ser formal, si no la toman a una en serio?

¡Muy niña! Y con qué retintín me lo repiten mi papá y mi mamá... Parece que se gozan en que tarde en llegar a la categoría, siquiera de mujercita. Con decir que hasta se incomodan cuando los amigos exclaman al verme: «¿Cómo ha crecido! ¿Qué desarrollada está! Es todo una mujer...!» ¡Qué rabia les da oír estos piropos que me regalan sus amigas y amigos! ¿Por qué será? Y el caso es que no soy tan niña como pretenden... No por cierto. Tengo catorce años, un mes, veintitrés días, diez y siete horas y no sé cuántos minutos. ¡Bah, los minutos los desprecio! Me parece que a mi edad no debía ser tratada como una niña... ¡Es atroz lo que me pasa, y de buena gana lloraría...! pero se pone una tan fea cuando llora, que se burlarían de mí las gentes en vez de compadecerme!... ¡Es tan pícaro el mundo, según dicen!

Pues si creen que yo estoy ignorante de muchas cosas, se equivocan de medio a medio. Mi amiga Susana, tiene mucha experiencia... ¡claro! como que cuenta un año más que yo. Ella me ha confiado mucho de lo que sabe... y es natural que sepa... Ya la han vestido de largo... con traje de mujer, y por cierto que apenas sabe andar con él; cuando quiere correr se le enredan las faldas y ¡da una risa verla!... Yo la quiero mucho; pero eso no quita para que sea justa y me ría de ella cuando no se aperci-be... No me sucedería eso a mí, porque para ensayarme me pongo algunas veces las faldas de mamá. Hay que irse acostumbrando ¿no es verdad? Susana... es en estos momentos mi mejor amiga... Sin embargo, le falta no se qué... no está aun formada... no tiene mi soltura... mi... Jesús, ¿qué estoy diciéndo? ¿Y la modestia señorita... qué ha hecho usted de la modestia? ¡Bah! ustedes son muy bondadosos; como soy una niña, no sé lo que me digo y puedo despacharme a mi gusto. Pero volviendo al caso de que se trata, Susana, que tiene mucho mundo, me ha puesto sin querer en el camino de averiguar la causa que impulsa a mis papás a querer conservar mi niñez indefinidamente. Yo soy muy lince y en seguida las cojo al vuelo... aunque me esté mal el decirlo... Acá para entre nosotros, ¡se comete cada injusticia en este mundo, que clama al cielo! Sin ir más lejos, hace poco que para convencerme más y más, dije a mamá que ya era tiempo de quitarme las trenzas que me cuelgan como dos llamadores de campanilla y convertirlas en un moño como los que usan muchas jóvenes de mi edad... ¡Que si quieres!... ¿Estás en tu juicio?—exclamó horrorizada... Aun eres muy niña para gastar moño.—¡La eterna cantilena!... Pues, no señor, no soy tan niña; y además soy más alta que Susana que ya usa moño y traje largo... y más mujer... es decir, menos niña, y... sin jactancia, más guapa que ella... Aún no me lo han dicho; pero no hace falta que la digan a una esas cosas, una las sabe... porque una... y además que para eso sirven los espejos. No es esto hablar mal de Susana... yo la quiero de veras y no es que tenga envidia de ella... ¡Dios me libre! Pero en fin... a veces las más torpes dan en el clavo... El otro día me preguntó:—¿Cuántos años tiene tu hermana Elena? Porque yo tengo una hermana.—Veintiseis—contesté.—Te lleva doce...—Sí...—dije yo; y sin saber por qué me acordé entonces del famoso: «¡Eres muy niña!» de mis papás.

Entonces esta cabecita mía, tan atolondrada y todo como es, se puso a cavilar... y ¿qué creerán ustedes que cavilé?

En primer lugar, me dije, he cometido una imprudencia. Es verdad que mi hermana Elena tiene veintiseis años; pero es sólo para la familia. Para los amigos no ha pasado de los veintidos. Y los amigos, que la ven en los salones que frecuenta con mis papás, lo creen... Quizás rejuvenece a las personas la vida social... A todas horas oigo decir que Fulanita y Menganita se quitan años... Pues bien, según parece, un joven que es muy rico, muy juicioso, de muy buena familia... vamos con todos los mays que son de desear, aspira a casarse con mi hermana. No pasa el pretendiente de los veinticuatro, y como es natural, la mujer debe ser más joven que el hombre. Claro es que al fin y al cabo sabrá el galán lo de la resta; pero cuando ya no tenga más remedio que sumar.

Estos datos, recogidos por mí, me han explicado lo de mi traje corto, lo de las trenzas sueltas, y lo de: «Eres muy niña.» Cuanto más niña sea yo, más

joven parecerá mi hermana. He ahí el *busilis*. Y debo conformarme, porque el futuro es rico y bueno y... Lo único que le falta es ir más de prisita en sus pretensiones. Porque no hay duda... lo que a mí me conviene es que la boda se celebre pronto... De esa manera será feliz mi hermana, y yo... yo tendré moño y traje largo. ¿No les parece a ustedes que estoy en lo cierto?

Pablo Baur.

Botánica de salón.

Las flores han llegado a constituir un adorno insustituible en todo salón elegante: hoy día se colocan en los zaguanes, en las mesetas de las escaleras, en los gabinetes, salones, comedores, en todas partes.

Las plantas, aunque carecen de la movilidad de que disfrutaban los animales, son seres vivos, puesto que en ellas se realizan los fenómenos de asimilación y descomposición característicos de la vida; y por tanto, necesitan de ciertas condiciones para poder desarrollarse. Las principales son luz, porque ésta determina las reacciones químicas que se efectúan en las hojas; sol, porque el calor solar ayuda al crecimiento de la planta y a la circulación de la savia, y tierra apropiada, porque de ella toman las raíces las sustancias alimenticias necesarias. El vegetal que está privado de alguno de estos elementos, indispensables para su vida, sucumbe, y por eso las señoras aficionadas a la horticultura de salón deben fijarse bien en la naturaleza de la planta de su predilección a fin de cuidarla convenientemente.

Las plantas que la Moda ha introducido en los salones son variadísimas, y de todas ellas pensamos ir ocupándonos en artículos sucesivos. Por hoy sólo hablaremos de la *araucaria*, la *aspidistra*, la *begonia* y la *latania*, que figuran entre las especies más notables.

La *araucaria* pertenece al género de las plantas coníferas, y es la América del Sur, de Nueva Caledonia, y de algunas islas del Océano Pacífico. Es un arbusto muy elegante, flosas, lanceoladas, y necesita como toda la países tropicales y luz. Se cultiva en una tierra buena y algo nada con hoteniendo la regar cada corta canti-



ARAUCARIA

Las especies más vulgarizadas, de esta planta son la *araucaria excelsa*, descubierta en la isla de Norfolk en 1793, y la *araucaria imbricata*, oriunda de Chile; esta última es mayor, y se cultiva con mucho éxito en algunas comarcas de Inglaterra y en el Oeste de Francia. En los salones no da la *araucaria* ni flores ni frutos; no hace más que crecer y producir nuevos verticilos. Para conservarla en buen estado debe ser limpiada de vez en cuando con un plumero, porque el polvo, cegando los estomas de las hojas, ahoga al vegetal. En Verano se la colocará al aire libre, en un sitio en que el sol no castigue demasiado, y de este modo se consigue que adquiere fuerzas para resistir los rigores del Invierno.

La *aspidistra* es muy importante en la horticultura casera. Corresponde, según los más acreditados autores, a la familia de las liláceas, y es originaria de China, del Japón, del Himalaya y del Perú; sus flores, en forma de campanillas, son de color púrpura; sus frutos son esféricos del tamaño de un huevo de paloma, conteniendo algunas semillitas, y sus pedúnculos están cubiertos por una ó dos escamas. Finalmente, se reproduce mediante unos tubérculos subterráneos, que hay que podar cuando llegan a cierto estado de desarrollo, para sembrarlos en otras macetas.

Es la planta de salón más fuerte; resiste el frío y la falta de luz, y es necesario que concurren muchas circunstancias adversas para que muera. En Verano se la debe regar mucho, y la mejor tierra para su cultivo es aquella que sea algo arenosa, aunque esto tampoco es una condición indispensable. Sus principales variedades son: la *aspidistra lurida*, de China, descubierta en 1822, y caracterizada por tener las hojas y los peciolo alargados; y la *aspidistra punctata*, del Japón, con hojas oblongas, coriáceas, de un hermoso color verde oscuro. Esta última especie es la que generalmente se cultiva en los salones, y a su vez ofrece dos variedades: una tiene las hojas alargadas, y la otra, que es la represen-



ASPIDISTRA

tada por nuestro grabado, es la variedad *empenachada*, cuyas hojas presentan estrias longitudinales amarillas y blancas, que al romper la monotonía del color verde

oscuro, general de la planta, forman un conjunto caprichoso y agradable.

La *begonia*, así llamada en honor de Miguel Begon, célebre botánico del siglo XVII, que estuvo en Santo Domingo desempeñando el cargo de gobernador, pertenece a un género de plantas exóticas regulares, muy parecidas a las acederas por su forma y su sabor: tipo de la extensa familia de las begoniáceas, y comprende cerca de ochenta especies diferentes. En las colonias, de donde es oriunda, recibe el nombre de *acdera silvestre*. En la variedad de *begonia tuberosa*, procedente de la América del Sur, que son las que en el presente caso nos importa examinar, el tallo consiste



BEGONIA

en un tubérculo subterráneo que cada año produce una rama adornada con flores grandes de diversos colores; las hojas tienen la rara particularidad de reproducirse siempre que se las entierra con su peciolo. Para obtener estos brotes, se compone un buen abono con hojas secas que hayan llegado a su completo desarrollo; se corta el peciolo a cuatro ó cinco centímetros distante de la hoja, y la parte que ha quedado adherida a ésta es la que se entierra en una maceta, y si se mantiene en una temperatura media de 20 grados, regándola para conservar la humedad, el peciolo forma raíces, merced a las cuales la hoja sigue viviendo hasta convertirse en planta.

Como el objeto principal es disfrutar de estos vegetales en Invierno, la operación se realiza sembrando el tubérculo en Otoño, dentro de una maceta que se coloca en lugar abrigado: el contenido de la maceta lo formarán hojas, tierra y arena. También se le puede agregar, aunque en corta cantidad, estiércol de vaca, y regándole con las debidas precauciones, no tarda el tubérculo en dar muestras de vitalidad, produciendo sucesivamente brotes, hojas y frutos. Cuando el desarrollo de la planta ha terminado, se arranca, se recogen los tubérculos que se hayan formado en la base del tallo, y después de limpiarlos y de secarlos bien, se guardan para sembrarlos oportunamente.

Entre las numerosas especies de *begonia* que se conocen las más importantes son la *begonia gracilis*, oriunda de Méjico, cuyas flores son rosadas, y que requiere mucha sombra, y la *begonia rex*, representada en nuestro grabado, notabilísima por la variedad de su follaje, compuesto de hermosas hojas matizadas de blanco y de rojo con reflejos metálicos. Esta especie tiene muchas variedades.



LATANIA

La *latania*, como fácilmente se comprende examinando la figura que reproducimos, pertenece a la familia de las palmeras originarias de la India; y el nombre con que la conocemos es el que le dan en la isla de Borbón, de donde procede. Se conocen tres especies: la *latania aurea*, descubierta en la isla de Rodríguez, el año 1839; la *latania commersonii*, y la *latania boddigesii*, de la isla de Bondy. Estas tres variedades se distinguen igualmente por sus elegantes hojas en forma de abanicos abiertos, y para vivir necesitan el calor de los invernaderos. Para que prosperen necesitan estar sembradas en dos partes de tierra mantillo y una de tierra arenosa, procurando que sobre los platos en que suelen ponerse los tiestos, no quede agua estancada, porque pudre sus raíces inmediatamente. Tampoco la atmósfera en que estén será muy seca; la sequía excesiva les es tan perjudicial como la humedad. Conviene por tanto, regarlas con moderación. La *latania aurea*, tiene los peciolo de color anaranjado, lisos, con las hojas muy llenas de hojuelas ó ramículas; la *commersonii*, tiene los peciolo negros ó de color de chocolate; la *boddigesii*, que es la mayor de todas, puesto que alcanza hasta tres metros de altura, tiene el peciolo verde, con ligeros tonos encarnados.

Un poético recuerdo va unido al nombre de esta planta; y es, que al pie de los tranquilos palmares de la Isla de Francia se desarrolló el idilio de Pablo y Virginia, immortalizado por Bernardino de Saint-Pierre, en la más celebrada de sus novelas.

Daniel García.

MADRID.—Imprenta particular de LA ÚLTIMA MODA.